

León Tolstói
El padre Sergio

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

EL PADRE SERGIO

LEÓN TOLSTÓI

PUBLICADO: 1898

**TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA
ORIGEN: EN.WIKISOURCE.ORG**

PARTE I

En San Petersburgo, en la década de 1840, ocurrió un hecho sorprendente. Un oficial de los Guardias de Coraceros, un apuesto príncipe que todos predecían sería ayudante de campo del Emperador Nicolás I y tendría una carrera brillante, dejó el servicio, rompió su compromiso con una hermosa dama de honor, favorita de la Emperatriz, donó su pequeña finca a su hermana y se retiró a un monasterio para convertirse en monje.

Este acontecimiento parecía extraordinario e inexplicable para aquellos que no conocían sus motivos internos, pero para el Príncipe Stepán Katsky todo ocurrió de manera tan natural que no podía imaginar cómo podría haber actuado de otra manera.

Su padre, un coronel retirado de los Guardias, había muerto cuando Stepán tenía doce años, y aunque a su madre le dolió separarse de su hijo, lo inscribió en el Colegio Militar como su difunto esposo había planeado.

La viuda misma, con su hija Varvara, se trasladó a San Petersburgo para estar cerca de su hijo y tenerlo con ella durante las vacaciones.

El niño se distinguió tanto por su brillante capacidad como por su inmenso amor propio. Era el primero tanto en sus estudios —especialmente en matemáticas, que le gustaban particularmente— como en los ejercicios militares y en la equitación. Aunque era más alto que la media, era apuesto y ágil, y habría sido un cadete ejemplar de no ser por su temperamento irascible. Era notablemente veraz, no era disoluto ni dado a la bebida. Los únicos defectos que empañaban su conducta eran los arrebatos de furia a los que era propenso y durante los cuales perdía el control y se volvía como un ani-

mal salvaje. Una vez casi arrojó por la ventana a otro cadete que había empezado a burlarse de su colección de minerales. En otra ocasión casi se metió en problemas al arrojar un plato entero de chuletas a un oficial que actuaba como intendente, atacándolo y, se decía, golpeándolo por haber roto su palabra y dicho una mentira descarada. Ciertamente habría sido degradado si el Director del Colegio no hubiera silenciado todo el asunto y despedido al intendente.

A los dieciocho años terminó su curso en el Colegio y recibió una comisión como teniente en un regimiento aristocrático de los Guardias.

El Emperador Nicolás Pavlovich (Nicolás I) lo había notado mientras aún estaba en el Colegio y continuó fijándose en él en el regimiento, y fue por esta razón que la gente predecía para él un nombramiento como ayudante de campo del Emperador. Kasatsky mismo lo deseaba intensamente, no solo por ambición sino principalmente porque desde sus días de cadete había estado apasionadamente dedicado a Nicolás Pavlovich. El Emperador a menudo visitaba el Colegio Militar y cada vez que Kasatsky veía esa figura alta y erguida, con el pecho expandido en su abrigo militar, entrando con paso rápido, veía las patillas recortadas, el bigote, la nariz aquilina y oía la voz sonora intercambiando saludos con los cadetes, sentía el mismo éxtasis que experimentó más tarde cuando conoció a la mujer que amaba. De hecho, su adoración apasionada por el Emperador era incluso más fuerte: deseaba sacrificar algo —todo, incluso a sí mismo— para demostrar su completa devoción. Y el Emperador Nicolás era consciente de evocar este éxtasis y deliberadamente lo provocaba. Jugaba con los cadetes, los rodeaba, tratándolos a veces con una sencillez infantil, a veces como un amigo y luego nuevamente con majestuosa solemnidad. Después de aquel incidente con el oficial, Nicolás Pavlovich no dijo nada a Kasatsky, pero cuando este se acercó, lo apartó teatralmente, frunció el ceño, le señaló con el dedo y luego, al marcharse, dijo: —Recuerda que sé todo. Hay cosas que preferiría no saber, pero permanecen aquí— y señaló su corazón.

Cuando al dejar el Colegio los cadetes fueron recibidos por el Emperador, este no volvió a referirse a la ofensa de Kasatsky, sino que les dijo a todos, como era su costumbre, que debían servirle a él y a la patria lealmente, que siempre sería su mejor amigo y que cuando fuera necesario podían dirigirse a él directamente. Todos los cadetes se sintieron como de costum-

bre muy conmovidos, y Kasatsky incluso derramó lágrimas, recordando el pasado, y juró que serviría a su amado Zar con toda su alma.

Cuando Kasatsky tomó su comisión, su madre se trasladó con su hija primero a Moscú y luego a su finca en el campo. Kasatsky dio la mitad de su propiedad a su hermana y se quedó solo con lo suficiente para mantenerse en el caro regimiento al que se había unido.

Aparentemente, era solo un joven oficial brillante de los Guardias que hacía carrera para sí mismo; pero dentro de él había intensas y complejas aspiraciones. Desde la infancia sus esfuerzos parecían ser muy variados, pero en esencia eran todos uno y el mismo. Intentaba en todo lo que emprendía alcanzar tal éxito y perfección que provocara elogios y sorpresa. Ya fuera en sus estudios o en sus ejercicios militares, los emprendía y trabajaba en ellos hasta que era elogiado y puesto como ejemplo para los demás. Dominando una materia, tomaba otra y obtenía el primer lugar en sus estudios. Por ejemplo, aún en el Colegio notó en sí mismo una torpeza en la conversación en francés, y se las ingenió para dominar el francés hasta hablarlo tan bien como el ruso, y luego tomó el ajedrez y se convirtió en un excelente jugador.

Aparte de su vocación principal, que era el servicio a su Zar y a la patria, siempre se fijaba algún objetivo particular, y por insignificante que fuera, se entregaba por completo a él y vivía para él hasta lograrlo. Y tan pronto como lo lograba, otro objetivo se presentaba inmediatamente, reemplazando a su predecesor. Esta pasión por destacarse, o por lograr algo para destacarse, llenaba su vida. Al tomar su comisión se propuso adquirir la máxima perfección en el conocimiento del servicio, y muy pronto se convirtió en un oficial modelo, aunque aún con el mismo defecto de irascibilidad incontrolable, que aquí en el servicio nuevamente lo llevó a cometer acciones perjudiciales para su éxito. Luego se dedicó a la lectura, habiéndose sentido una vez en una conversación en sociedad deficiente en educación general, y nuevamente logró su propósito. Luego, deseando asegurar una posición brillante en la alta sociedad, aprendió a bailar excelentemente y muy pronto fue invitado a todos los bailes en los mejores círculos y a algunas de sus reuniones vespertinas. Pero esto no lo satisfizo: estaba acostumbrado a ser el primero, y en esta sociedad estaba lejos de serlo.

La alta sociedad entonces consistía, y creo que siempre consiste, en cuatro tipos de personas: personas ricas que son recibidas en la Corte, personas no ricas pero nacidas y criadas en círculos de la Corte, personas ricas que se ingratiaban en el grupo de la Corte, y personas ni ricas ni pertenecientes a la Corte pero que se ingratiaban en los dos primeros grupos.

Kasatsky no pertenecía a los dos primeros grupos, pero era recibido con gusto en los otros. Al entrar en la sociedad, decidió tener relaciones con alguna dama de sociedad, y para su propia sorpresa logró rápidamente este propósito. Pronto se dio cuenta, sin embargo, de que los círculos en los que se movía no eran los más altos, y que aunque era recibido en las esferas más altas, no pertenecía a ellas. Eran cortesés con él, pero mostraban con toda su actitud que tenían su propio grupo y que él no era de él. Y Kasatsky deseaba pertenecer a ese círculo íntimo. Para alcanzar ese objetivo, sería necesario ser ayudante de campo del Emperador —lo que esperaba llegar a ser— o casarse en ese exclusivo grupo, lo que resolvió hacer. Y su elección recayó en una belleza perteneciente a la Corte, que no solo pertenecía al círculo en el que deseaba ser aceptado, sino cuya amistad era codiciada por las personas más altas y más firmemente establecidas en ese círculo superior. Esta era la Condesa Korotkova. Kasatsky comenzó a cortejarla, y no solo por el bien de su carrera. Ella era extremadamente atractiva y pronto se enamoró de ella. Al principio ella era notablemente fría con él, pero luego cambió repentinamente y se volvió amable, y su madre le hizo invitaciones urgentes para visitarlas. Kasatsky propuso y fue aceptado. Se sorprendió de la facilidad con la que alcanzó tal felicidad. Pero aunque notó algo extraño e inusual en el comportamiento hacia él tanto de la madre como de la hija, estaba cegado por estar tan profundamente enamorado, y no se dio cuenta de lo que casi toda la ciudad sabía, a saber, que su prometida había sido la amante del Emperador Nicolás el año anterior.

Dos semanas antes del día fijado para la boda, Kasatsky estaba en Tsarskoye Selo en la casa de campo de su prometida. Era un caluroso día de mayo. Él y su prometida habían paseado por el jardín y estaban sentados en un banco en una alameda sombreada de tilos. El vestido de muselina blanca de Mary le sentaba particularmente bien, y ella parecía la personificación de la inocencia y el amor mientras se sentaba, inclinando la cabeza de vez en cuando, mirando al hombre muy alto y apuesto que le hablaba con particu-

lar ternura y autocontrol, como si temiera ofender o mancillar su pureza angelical con una palabra o un gesto.

Kasatsky pertenecía a esos hombres de la década de 1840 (ya no se encuentran hoy en día) que, aunque deliberadamente y sin ningún escrúpulo de conciencia condonaban la impureza en sí mismos, exigían una pureza ideal y angelical en sus mujeres, consideraban a todas las mujeres solteras de su círculo como poseedoras de tal pureza y las trataban en consecuencia. Había mucho de falso y perjudicial en esta perspectiva, en lo que respecta a la laxitud que los hombres se permitían, pero en cuanto a las mujeres, esa visión anticuada (que difería drásticamente de la que tienen hoy los jóvenes que ven en cada chica simplemente una hembra buscando pareja) era, creo, valiosa. Las chicas, percibiendo tal adoración, se esforzaban con mayor o menor éxito por ser diosas.

Tal era la visión que Kasatsky tenía de las mujeres, y así consideraba a su prometida. Estaba particularmente enamorado ese día, pero no experimentaba ningún deseo sensual por ella. Al contrario, la veía con adoración tierna como algo inalcanzable.

Se levantó a su plena altura, parándose frente a ella con ambas manos sobre su sable.

—¡Solo ahora he comprendido la felicidad que un hombre puede experimentar! Y es gracias a ti, querida mía, que he alcanzado esta felicidad— dijo con una tímida sonrisa.

Aún no se habían acostumbrado a los términos de cariño, y sintiéndose moralmente inferior, se aterrorizaba en este momento de usarlos con semejante ángel.

—Es gracias a ti que he llegado a conocerme a mí mismo. He aprendido que soy mejor de lo que pensaba.

—Lo supe hace tiempo. Por eso comencé a amarte.

Los ruiseñores trinaron cerca y el follaje fresco susurró, movido por una brisa pasajera.

Él tomó su mano y la besó, y lágrimas llenaron sus ojos.

Ella entendió que él le estaba agradeciendo por haber dicho que lo amaba. Silenciosamente dio unos pasos de un lado a otro, y luego se acercó de

nuevo a ella y se sentó.

—Sabes... tengo que decirte... no fui desinteresado cuando empecé a cortejarte. Quería ingresar en la sociedad; pero luego... qué insignificante se volvió eso en comparación contigo, cuando llegué a conocerte. ¿No estás enojada conmigo por eso?

Ella no respondió, solo tocó su mano. Él entendió que esto significaba: "No, no estoy enojada".

—Dijiste...— dudó. Le parecía demasiado audaz decirlo. —Dijiste que comenzaste a amarme. Lo creo, pero hay algo que te preocupa y frena tu sentimiento. ¿Qué es?

—Sí, ahora o nunca— pensó ella. —De todos modos, está destinado a saberlo. Pero ahora no me abandonará. Ah, si lo hiciera, ¡sería terrible!— Y lanzó una mirada amorosa a su figura alta, noble y poderosa. Ahora lo amaba más que al Zar, y aparte de la dignidad imperial, no habría preferido al Emperador a él.

—¡Escucha! No puedo engañarte. Tengo que decírtelo. ¿Preguntas qué es? Es que he amado antes.

Ella volvió a poner su mano sobre la suya con un gesto suplicante. Él guardó silencio.

—¿Quieres saber quién era? Era... el Emperador.

—Todos lo amamos. Puedo imaginarte, una colegiala en el Instituto...

—No, fue después. Estaba enamorada, pero pasó... Debo decírtelo...

—¿Y qué?

—No, no fue simplemente...— Cubrió su rostro con las manos.

—¿Qué? ¿Te entregaste a él?

Ella guardó silencio.

—¿Su amante?

No respondió.

Él saltó y se paró frente a ella con mandíbulas temblorosas, pálido como la muerte. Ahora recordaba cómo el Emperador, al encontrarlo en la

Nevsky, lo había felicitado amablemente.

— ¡Dios mío, qué he hecho! ¡Stiva!

— ¡No me toques! ¡No me toques! ¡Oh, cómo duele!

Se alejó y fue a la casa. Allí se encontró con la madre de ella.

— ¿Qué pasa, príncipe? Yo...

Se quedó en silencio al ver su rostro. La sangre había subido repentinamente a su cabeza.

— ¡Lo sabías, y me usaste para encubrirlos! ¡Si no fueras una mujer...! — gritó, levantando su enorme puño, y volviéndose, corrió.

Si el amante de su prometida hubiera sido una persona privada, lo habría matado, pero era su amado Zar.

Al día siguiente solicitó tanto licencia como su baja, y fingiendo estar enfermo para no ver a nadie, se fue al campo.

Pasó el verano en su pueblo arreglando sus asuntos. Cuando el verano terminó, no volvió a San Petersburgo, sino que entró en un monasterio y allí se hizo monje.

Su madre le escribió para tratar de disuadirlo de ese paso decisivo, pero él respondió que sentía el llamado de Dios, que trascendía todas las demás consideraciones. Solo su hermana, que era tan orgullosa y ambiciosa como él, lo entendió.

Ella comprendió que se había hecho monje para estar por encima de aquellos que se consideraban sus superiores. Y lo entendió correctamente. Al hacerse monje, mostró desprecio por todo lo que parecía más importante para los demás y que le había parecido así mientras estaba en el servicio, y ahora ascendía a una altura desde la cual podía mirar hacia abajo a aquellos a los que había envidiado anteriormente... Pero no era solo esto, como su hermana Varvara suponía, lo que lo influenciaba. También había en él algo más: un sincero sentimiento religioso que Varvara no conocía, que se entrelazaba con el sentimiento de orgullo y el deseo de preeminencia, y lo guiaba. Su desilusión con Mary, a quien había considerado de pureza angelical, y su sentimiento de injuria, eran tan fuertes que lo llevaron a la desespera-

ción, y la desesperación lo condujo, ¿a qué? A Dios, a la fe de su infancia que nunca había sido destruida en él.

PARTE II

Kasatsky ingresó al monasterio en la festividad de la Protección de la Santísima Virgen. El abad de ese monasterio era un caballero de nacimiento, un erudito escritor y un starets, es decir, pertenecía a esa sucesión de monjes originarios de Valaquia que eligen a un director y maestro a quien obedecen implícitamente. Este superior había sido discípulo del starets Ambrosio, quien había sido discípulo de Macario, quien a su vez había sido discípulo del starets Leonid, quien había sido discípulo de Paissy Velichkovsky.

A este abad se sometió Kasatsky como a su director elegido. Allí en el monasterio, además del sentimiento de ascendencia sobre los demás que tal vida le proporcionaba, sentía mucho lo mismo que había sentido en el mundo: encontraba satisfacción en alcanzar la mayor perfección posible tanto exterior como interiormente. Al igual que en el regimiento había sido no solo un oficial irreprochable sino que incluso había superado sus deberes y ampliado los límites de la perfección, también como monje intentaba ser perfecto, y siempre era industrioso, abstemio, sumiso y manso, así como puro tanto en acción como en pensamiento, y obediente. Esta última cualidad en particular le hacía la vida mucho más fácil. Si muchas de las exigencias de la vida en el monasterio, que estaba cerca de la capital y muy frecuentado, no le agradaban y eran tentaciones para él, todas se anulaban con la obediencia: "No me corresponde razonar; mi tarea es hacer el trabajo que se me asigna, ya sea estar junto a las reliquias, cantar en el coro o llevar las cuentas en la casa de huéspedes del monasterio". Toda posibilidad de duda sobre cualquier cosa se silenciaba con la obediencia al starets. Si no hubiera

sido por esto, se habría sentido oprimido por la duración y monotonía de los servicios religiosos, el bullicio de los numerosos visitantes y las malas cualidades de los otros monjes. Tal como era, no solo soportaba todo con alegría, sino que encontraba en ello consuelo y apoyo. "No sé por qué es necesario escuchar las mismas oraciones varias veces al día, pero sé que es necesario; y sabiendo esto, encuentro alegría en ellas". Su director le decía que así como el alimento material es necesario para el mantenimiento de la vida del cuerpo, el alimento espiritual —las oraciones de la iglesia— es necesario para el mantenimiento de la vida espiritual. Creía en esto, y aunque los servicios religiosos, para los cuales tenía que levantarse temprano en la mañana, eran una dificultad, ciertamente lo calmaban y le daban alegría. Esto era el resultado de su conciencia de humildad y la certeza de que cualquier cosa que tuviera que hacer, estando fijada por el starets, era lo correcto.

El interés de su vida no consistía solo en una cada vez mayor y mayor subyugación de su voluntad, sino en la consecución de todas las virtudes cristianas, que al principio le parecían fácilmente alcanzables. Había entregado toda su finca a su hermana y no lo lamentaba, no tenía pretensiones personales, la humildad hacia sus inferiores no solo le resultaba fácil sino que le proporcionaba placer. Incluso la victoria sobre los pecados de la carne, la codicia y la lujuria, se lograba fácilmente. Su director le había advertido especialmente contra este último pecado, pero Kasatsky se sentía libre de él y estaba contento.

Solo una cosa lo atormentaba: el recuerdo de su prometida; y no solo el recuerdo, sino la vívida imagen de lo que podría haber sido. Involuntariamente recordaba a una dama que conocía, que había sido favorita del Emperador, pero que luego se había casado y se había convertido en una esposa y madre admirable. El esposo tenía una alta posición, influencia y honor, y una buena y arrepentida esposa.

En sus mejores momentos, Kasatsky no se perturbaba por tales pensamientos, y cuando los recordaba en esos momentos, simplemente se alegraba de sentir que la tentación había pasado. Pero había momentos en que todo lo que componía su vida actual de repente se desdibujaba ante él, momentos en que, si no dejaba de creer en los objetivos que se había fijado, dejaba de verlos y no podía evocar ninguna confianza en ellos, sino que era

presa de un recuerdo de, y —terrible decirlo— un arrepentimiento por, el cambio de vida que había hecho.

Lo único que lo salvaba en ese estado mental era la obediencia y el trabajo, y el hecho de que todo el día estaba ocupado por la oración. Cumplía con las formas usuales de oración, se inclinaba en oración, incluso oraba más de lo habitual, pero era solo un servicio de labios y su alma no estaba en ello. Esta condición continuaba por un día, o a veces por dos días, y luego pasaba por sí misma. Pero esos días eran terribles. Kasatsky sentía que no estaba en sus propias manos ni en las de Dios, sino que estaba sujeto a algo más. Todo lo que podía hacer entonces era obedecer al starets, refrenarse, no emprender nada, y simplemente esperar. En general, durante todo ese tiempo vivía no por su propia voluntad, sino por la del starets, y en esta obediencia encontraba una tranquilidad especial.

Así vivió en su primer monasterio durante siete años. Al final del tercer año recibió la tonsura y fue ordenado sacerdote con el nombre de Sergio. La profesión fue un acontecimiento importante en su vida interior. Anteriormente había experimentado un gran consuelo y exaltación espiritual al recibir la comunión, y ahora cuando él mismo oficiaba, la realización de la preparación lo llenaba de éxtasis y profunda emoción. Pero posteriormente ese sentimiento se fue apagando cada vez más, y una vez, cuando estaba oficiando en un estado de ánimo deprimido, sintió que la influencia producida en él por el servicio no perduraría. Y de hecho se debilitó hasta que solo quedó el hábito.

En general, en el séptimo año de su vida en el monasterio, Sergio se cansó. Había aprendido todo lo que había que aprender y había alcanzado todo lo que había que alcanzar, no había nada más que hacer y su letargo espiritual aumentó. Durante este tiempo oyó de la muerte de su madre y del matrimonio de su hermana Varvara, pero ambos eventos le resultaron indiferentes. Toda su atención y su interés se concentraban en su vida interior.

En el cuarto año de su sacerdocio, durante el cual el obispo había sido particularmente amable con él, el starets le dijo que no debía rechazar si se le ofrecía un nombramiento a mayores deberes. Entonces surgió dentro de él la ambición monástica, lo mismo que había encontrado tan repulsivo en otros monjes. Fue asignado a un monasterio cerca de la metrópoli. Deseaba

rechazar, pero el starets le ordenó aceptar el nombramiento. Así lo hizo, se despidió del starets y se trasladó al otro monasterio.

El traslado al monasterio metropolitano fue un acontecimiento importante en la vida de Sergio. Allí encontró muchas tentaciones, y toda su fuerza de voluntad se concentró en enfrentarlas.

En el primer monasterio, las mujeres no habían sido una tentación para él, pero aquí esa tentación surgió con terrible fuerza e incluso tomó forma definida. Había una dama conocida por su comportamiento frívolo que comenzó a buscar su favor. Ella le hablaba y le pedía que la visitara. Sergio lo rechazó con severidad, pero estaba horrorizado por la firmeza de su deseo. Estaba tan alarmado que escribió sobre ello al starets. Y además, para mantenerse controlado, habló con un joven novicio y, venciendo su sentido de la vergüenza, le confesó su debilidad, pidiéndole que lo vigilara y no le permitiera ir a ningún lugar excepto al servicio y a cumplir con sus deberes.

Además de esto, una gran trampa para Sergio radicaba en el hecho de su extrema antipatía hacia su nuevo abad, un hombre astuto y mundano que estaba haciendo carrera en la Iglesia. Por más que luchara consigo mismo, no podía dominar ese sentimiento. Era sumiso al abad, pero en el fondo de su alma nunca dejó de condenarlo. Y en el segundo año de su residencia en el nuevo monasterio, ese malestar estalló.

El servicio de Vigilia se estaba realizando en la gran iglesia en la víspera de la fiesta de la Protección de la Santísima Virgen, y había muchos visitantes. El abad mismo estaba conduciendo el servicio. El padre Sergio estaba de pie en su lugar habitual y rezando: es decir, estaba en ese estado de lucha que siempre lo ocupaba durante el servicio, especialmente en la gran iglesia cuando él no estaba conduciendo el servicio. Este conflicto era ocasionado por su irritación ante la presencia de gente distinguida, especialmente damas. Trataba de no verlas ni notar lo que sucedía: cómo un soldado las conducía, empujando a la gente común a un lado, cómo las damas señalaban a los monjes entre ellas, especialmente a él y a un monje conocido por su buena apariencia. Trataba como de mantener su mente en anteojeras, de no ver nada más que la luz de las velas en el iconostasio, los íconos y los que conducían el servicio. Trataba de no escuchar nada más que las oraciones que se estaban cantando o leyendo, de no sentir nada más que el olvido de sí mismo en la conciencia del cumplimiento del deber, un sentimiento que

siempre experimentaba al escuchar o recitar de antemano las oraciones que había oído tantas veces.

Así estaba, cruzándose y postrándose cuando era necesario, y luchaba consigo mismo, cediendo ahora a la fría condena y ahora a una obliteración de pensamiento y sentimiento conscientemente evocada. Entonces, el sacristán, el padre Nicodemo —también un gran tropiezo para Sergio, quien involuntariamente lo reprochaba por adular y lisonjear al abad— se acercó a él y, inclinándose profundamente, solicitó su presencia detrás de las puertas sagradas. El padre Sergio se enderezó la capa, se puso el birrete y pasó circunspectamente entre la multitud.

—¡Lise, mira a la derecha, es él!— oyó decir a una voz de mujer.

—¿Dónde, dónde? No es tan guapo.

Sabía que estaban hablando de él. Los oyó y, como siempre en momentos de tentación, repitió las palabras, "No nos dejes caer en la tentación", y bajando la cabeza y los ojos pasó junto al ambón y entró por la puerta norte, evitando a los canónigos con sus sotanas que en ese momento estaban pasando por el iconostasio. Al entrar en el santuario, se inclinó, persignándose como de costumbre y doblándose ante los íconos. Luego, levantando la cabeza pero sin girar, miró de reojo al abad, a quien vio de pie junto a otra figura reluciente.

El abad estaba de pie junto a la pared con sus vestimentas. Habiendo liberado sus manos cortas y regordetas de debajo de su casulla, las había cruzado sobre su cuerpo rechoncho y estómago prominente, y, jugueteando con los cordones de sus vestiduras, decía algo sonriendo a un militar con el uniforme de un general del séquito imperial, con sus insignias y borlas en los hombros que el ojo experimentado del padre Sergio reconoció de inmediato. Este general había sido el comandante del regimiento en el que Sergio había servido. Ahora evidentemente ocupaba una posición importante, y el padre Sergio notó de inmediato que el abad era consciente de esto y que su rostro rojo y cabeza calva brillaban con satisfacción y placer. Esto disgustó y repugnó al padre Sergio, aún más cuando oyó que el abad solo lo había llamado para satisfacer la curiosidad del general de ver a un hombre que había servido con él, como él mismo lo expresó.

—Muy contento de verte en tu apariencia angelical— dijo el general, extendiendo la mano. —Espero que no hayas olvidado a un viejo camarada.

Todo el asunto —la cara roja y sonriente del abad en medio de su borde de canas, las palabras del general, su rostro bien cuidado con su sonrisa de autosatisfacción y el olor a vino de su aliento y a cigarro de sus patillas— revolvieron al padre Sergio. Se inclinó nuevamente ante el abad y dijo:

—¿Su reverencia tuvo a bien llamarme?

—Sí, para que conocieras al general— respondió el abad.

—Su reverencia, dejé el mundo para salvarme de la tentación— dijo el padre Sergio, palideciendo y con los labios temblorosos. —¿Por qué me expone a ella durante las oraciones y en la casa de Dios?

—¡Puedes irte! ¡Vete!— dijo el abad, encendiéndose y frunciendo el ceño.

Al día siguiente, el padre Sergio pidió perdón al abad y a los hermanos por su orgullo, pero al mismo tiempo, después de una noche pasada en oración, decidió que debía dejar este monasterio, y escribió al starets pidiendo permiso para regresar con él. Escribió que sentía su debilidad e incapacidad para luchar contra la tentación sin su ayuda y confesó penitentemente su pecado de orgullo. A vuelta de correo llegó una carta del starets, quien escribió que el orgullo de Sergio era la causa de todo lo sucedido. El anciano señaló que sus arrebatos de ira se debían al hecho de que, al rechazar todos los honores clericales, se humillaba no por amor a Dios sino por su orgullo. "Mira ahora, ¿no soy un hombre espléndido por no querer nada?" Por eso no podía tolerar la acción del abad. "He renunciado a todo por la gloria de Dios, ¡y aquí me exhiben como una bestia salvaje!" "Si hubieras renunciado a la vanidad por amor a Dios, lo habrías soportado. El orgullo mundano aún no está muerto en ti. He pensado en ti, Sergio hijo mío, y también he orado, y esto es lo que Dios me ha sugerido. En la ermita de Tambov ha muerto el anacoreta Hilario, un hombre de vida santa. Había vivido allí dieciocho años. El abad de Tambov está preguntando si no hay un hermano que tome su lugar. Y aquí llega tu carta. Ve al padre Paissy del monasterio de Tambov. Le escribiré sobre ti, y debes pedir la celda de Hilario. No es que puedas reemplazar a Hilario, pero necesitas soledad para sofocar tu orgullo. ¡Que Dios te bendiga!"

Sergio obedeció al starets, mostró su carta al abad y, habiendo obtenido su permiso, dejó su celda, entregó todas sus posesiones al monasterio y partió hacia la ermita de Tambov.

Allí el abad, un excelente administrador de origen mercantil, recibió a Sergio de manera sencilla y tranquila y lo colocó en la celda de Hilario, asignándole al principio a un hermano lego, pero luego dejándolo solo a petición del propio Sergio. La celda era una cueva doble, excavada en la ladera, y en ella había sido enterrado Hilario. En la parte trasera estaba la tumba de Hilario, mientras que en la delantera había un nicho para dormir, con un colchón de paja, una pequeña mesa y un estante con íconos y libros. Fuera de la puerta exterior, que se cerraba con un gancho, había otro estante en el que, una vez al día, un monje colocaba comida del monasterio.

Y así, Sergio se convirtió en ermitaño.

PARTE III

En la época del Carnaval, en el sexto año de vida de Sergio en la ermita, un alegre grupo de personas ricas, hombres y mujeres de una ciudad vecina, organizaron una excursión en troika, después de una comida de panqueques de carnaval y vino. El grupo consistía en dos abogados, un rico terrateniente, un oficial y cuatro damas. Una dama era la esposa del oficial, otra la esposa del terrateniente, la tercera su hermana, una joven, y la cuarta una divorciada, bella, rica y excéntrica, que asombraba y escandalizaba a la ciudad con sus escapadas.

El clima era excelente y el camino cubierto de nieve tan liso como el piso. Condujeron unas siete millas fuera de la ciudad, y luego se detuvieron y consultaron si debían regresar o continuar.

—¿A dónde lleva este camino? —preguntó Makovkina, la hermosa divorciada.

—A Tambov, a ocho millas de aquí —respondió uno de los abogados, que estaba flirteando con ella.

—¿Y luego a dónde?

—Luego a L----, pasando por el Monasterio.

—¿Donde vive ese Padre Sergio?

—Sí.

—¿Kasatsky, el apuesto ermitaño?

—Sí.

—Mesdames et messieurs, ¡sigamos y veamos a Kasatsky! Podemos parar en Tambov y comer algo.

—¡Pero no llegaríamos a casa esta noche!

—No importa, nos quedaremos en casa de Kasatsky.

—Bueno, hay una muy buena hostería en el Monasterio. Me alojé allí cuando defendía a Makhin.

—No, ¡pasaré la noche en casa de Kasatsky!

—¡Imposible! ¡Ni siquiera tu omnipotencia podría lograr eso!

—¿Imposible? ¿Quieres apostar?

—¡De acuerdo! Si pasas la noche con él, la apuesta será lo que quieras.

—¡A discreción!

—¡Pero también por tu parte!

—Sí, por supuesto. Sigamos adelante.

Se les dio vodka a los conductores, y el grupo sacó una caja de pasteles, vino y dulces para ellos. Las damas se envolvieron en sus abrigos de piel de perro blanco. Los conductores discutieron sobre cuál troika debía ir adelante, y el más joven, sentado de lado con aire atrevido, agitó su largo látigo y gritó a los caballos. Las campanas de la troika tintinearón y los patines del trineo crujieron sobre la nieve.

El trineo apenas se balanceaba. El caballo del arnés, con su cola firmemente atada bajo su correa decorada, galopaba suave y rápidamente; el camino liso parecía correr rápidamente hacia atrás, mientras el conductor sacudía las riendas con destreza. Uno de los abogados y el oficial, sentados frente a Makovkina, hablaban tonterías con la vecina de Makovkina, pero Makovkina misma permanecía inmóvil y pensativa, envuelta en su abrigo de piel. "Siempre lo mismo y siempre desagradable. Las mismas caras rojas y brillantes que huelen a vino y cigarros. Las mismas conversaciones, los mismos pensamientos, y siempre sobre las mismas cosas. Y todos están satisfechos y seguros de que así debe ser, y seguirán viviendo así hasta que mueran. Pero yo no puedo. Me aburre. Quiero algo que lo trastorne todo y lo ponga patas arriba. Supongamos que nos pasara a nosotros como a esas personas, ¿en Saratov fue? Que siguieron conduciendo y se congelaron has-

ta morir... ¿Qué harían nuestras personas? ¿Cómo se comportarían? Miserablemente, seguro. Cada uno por sí mismo. Y yo también actuaría mal. Pero al menos tengo belleza. Todos lo saben. ¿Y qué hay de ese monje? ¿Es posible que se haya vuelto indiferente a eso? ¡No! Eso es lo único que les importa a todos, como a ese cadete el otoño pasado. ¡Qué tonto era!"

— ¡Iván Nikolayevich! — dijo en voz alta.

— ¿Qué deseas?

— ¿Cuántos años tiene?

— ¿Quién?

— Kasatsky.

— Más de cuarenta, creo.

— ¿Y recibe a todos los visitantes?

— Sí, a todos, pero no siempre.

— Cúbreme los pies. No así, ¡qué torpe eres! ¡No! Más, más... ¡así! Pero no los aprietes.

Así llegaron al bosque donde estaba la celda.

Makovkina se bajó del trineo y les dijo que siguieran adelante. Intentaron disuadirla, pero ella se irritó y les ordenó que siguieran.

Cuando los trineos se fueron, ella subió por el camino con su abrigo de piel de perro blanco. El abogado se bajó y se quedó mirando.

Era el sexto año del Padre Sergio como recluso, y ahora tenía cuarenta y nueve años. Su vida en soledad era dura, no por los ayunos y las oraciones (no eran una dificultad para él), sino por un conflicto interno que no había anticipado en absoluto. Las fuentes de ese conflicto eran dos: las dudas y la lujuria de la carne. Y estos dos enemigos siempre aparecían juntos. Le parecía que eran dos enemigos, pero en realidad eran uno y el mismo. Tan pronto como desaparecía la duda, también desaparecía el deseo lujurioso. Pero al considerarlos como dos demonios diferentes, los combatía por separado.

"Oh, Dios mío, Dios mío", pensaba. "¿Por qué no me concedes la fe? La lujuria, por supuesto: incluso los santos tuvieron que luchar contra eso— San Antonio y otros. Pero ellos tenían fe, mientras que yo tengo momentos,

horas y días en los que está ausente. ¿Por qué existe el mundo entero, con todos sus deleites, si es pecaminoso y debe ser renunciado? ¿Por qué has creado esta tentación? ¿Tentación? ¿No es más bien una tentación que desee abandonar todas las alegrías de la tierra y prepararme algo allí donde quizás no haya nada?" Y se horrorizaba y se llenaba de disgusto consigo mismo. "¡Vil criatura! Y tú deseas convertirte en un santo", se reprendía, y comenzaba a orar. Pero tan pronto como empezaba a orar, se veía vívidamente como había sido en el Monasterio, en un puesto majestuoso con birrete y manto, y sacudía la cabeza. "No, eso no está bien. Es un engaño. Puedo engañar a otros, pero no a mí mismo ni a Dios. No soy un hombre majestuoso, sino uno miserable y ridículo". Y volvía a arrojar los pliegues de su sotana y sonreía al mirar sus piernas delgadas en su ropa interior.

Luego dejaba caer nuevamente los pliegues de la sotana y comenzaba a leer las oraciones, haciendo la señal de la cruz y postrándose. "¿Es posible que este lecho sea mi féretro?" leía. Y parecía como si un diablo le susurrara: "Un lecho solitario es en sí mismo un féretro. ¡Falsedad!" Y en su imaginación veía los hombros de una viuda con la que había vivido. Se sacudía, y continuaba leyendo. Habiendo leído los preceptos, tomaba los Evangelios, abría el libro y se encontraba con un pasaje que repetía a menudo y conocía de memoria: "Señor, creo. ¡Ayuda a mi incredulidad!" —y alejaba todas las dudas que habían surgido. Como quien reemplaza un objeto de equilibrio inseguro, reemplazaba cuidadosamente su creencia en su pedestal tambaleante y retrocedía cuidadosamente para no sacudirlo ni derribarlo. Los anteojeras estaban ajustados nuevamente y se sentía tranquilo, y repitiendo la oración de su infancia: "¡Señor, recíbeme, recíbeme!" se sentía no solo en paz, sino emocionado y gozoso. Se persignó y se acostó en la ropa de cama en su estrecho banco, metiendo su sotana de verano bajo su cabeza. Se durmió de inmediato, y en su sueño ligero le pareció escuchar el tintineo de campanas de trineo. No sabía si estaba soñando o despierto, pero un golpe en la puerta lo despertó. Se sentó, desconfiando de sus sentidos, pero el golpe se repitió. Sí, era un golpe cerca, en su puerta, y con él el sonido de una voz de mujer.

"¡Dios mío! ¿Será cierto, como he leído en las Vidas de los Santos, que el diablo toma la forma de una mujer? Sí, es la voz de una mujer. Y una voz tierna, tímida, agradable. ¡Pfui!" Y escupió para exorcizar al diablo. "No, era solo mi imaginación", se aseguró a sí mismo, y se dirigió al rincón don-

de estaba su atril, cayendo de rodillas de la manera regular y habitual que de por sí le daba consuelo y satisfacción. Se dejó caer, su cabello colgando sobre su rostro, y presionó su cabeza, ya calva en la frente, contra la fría y húmeda tira de estera en el piso con corriente. Leyó el salmo que el viejo padre Pimon le había dicho que alejaba la tentación. Fácilmente levantó su cuerpo ligero y demacrado con sus fuertes piernas nervudas y trató de seguir diciendo sus oraciones, pero en lugar de hacerlo, involuntariamente aguzó el oído. Quería escuchar más. Todo estaba tranquilo. Desde el rincón del techo continuaban cayendo gotas regularmente en la tina debajo. Afuera había niebla y niebla que comía la nieve que yacía en el suelo. Todo estaba quieto, muy quieto. Y de repente hubo un crujido en la ventana y una voz, esa misma voz tierna y tímida, que solo podía pertenecer a una mujer atractiva, dijo:

— ¡Déjame entrar, por el amor de Cristo!

Parecía como si toda su sangre se hubiera precipitado a su corazón y se hubiera asentado allí. Apenas podía respirar. "Levántate, Señor, y dispérsense tus enemigos..."

— ¡Pero no soy un diablo! — Era obvio que los labios que pronunciaron esto estaban sonriendo—. No soy un diablo, sino solo una mujer pecadora que se ha perdido, no figurativamente sino literalmente — rió—. Estoy congelada y suplico refugio.

Presionó su rostro contra la ventana, pero la pequeña lámpara con icono se reflejaba en ella y brillaba en todo el vidrio. Puso sus manos a ambos lados de su rostro y miró entre ellas. Niebla, niebla, un árbol y, justo enfrente de él, ella misma. Sí, allí, a unos pocos centímetros de él, estaba el dulce y amable rostro asustado de una mujer con gorra y un abrigo de piel blanca, inclinándose hacia él. Sus ojos se encontraron con un reconocimiento instantáneo: no es que se hubieran conocido antes, nunca se habían encontrado antes, pero por la mirada que intercambiaron, ellos, y especialmente él, sintieron que se conocían y comprendían. Después de esa mirada, imaginarla como un diablo y no como una simple, amable, dulce y tímida mujer, era imposible.

— ¿Quién eres? ¿Por qué has venido? — preguntó.

—Por favor, abre la puerta —respondió ella con autoridad caprichosa—. Estoy congelada. Te digo que me he perdido.

—Pero soy un monje, un ermitaño.

—¡Oh, por favor abre la puerta! ¿O deseas que me congele bajo tu ventana mientras dices tus oraciones?

—¿Pero cómo has...?

—No te comeré. Por el amor de Dios, déjame entrar. Estoy completamente congelada.

Realmente tenía miedo y lo dijo con una voz casi llorosa.

Se apartó de la ventana y miró un icono del Salvador en su corona de espinas. "¡Señor, ayúdame! ¡Señor, ayúdame!" exclamó, persignándose y haciendo una profunda reverencia. Luego se dirigió a la puerta, y abriéndola hacia el pequeño porche, buscó el gancho que cerraba la puerta exterior y comenzó a levantarlo. Oyó pasos afuera. Ella venía de la ventana a la puerta. "¡Ah!" exclamó de repente, y comprendió que ella había pisado el charco que la gotera del techo había formado en el umbral. Sus manos temblaban, y no podía levantar el gancho de la puerta firmemente cerrada.

—¡Oh, qué estás haciendo! ¡Déjame entrar! Estoy completamente mojada. Estoy congelada. Estás pensando en salvar tu alma y me dejas congelarme hasta morir...

Sacudió la puerta hacia él, levantó el gancho y, sin considerar lo que estaba haciendo, la empujó con tanta fuerza que la golpeó.

—¡Oh, perdón! —exclamó de repente, volviendo completamente a su antigua manera con las damas.

Ella sonrió al escuchar ese perdón. "No es tan terrible, después de todo", pensó. —Está bien. Eres tú quien debe perdonarme —dijo, pasando junto a él—. Nunca me habría atrevido, pero una circunstancia tan extraordinaria...

—¡Siéntase, por favor! —dijo, y se apartó para dejarla pasar. Un fuerte olor a buen perfume, que no había encontrado en mucho tiempo, lo golpeó. Ella pasó por el pequeño porche a la celda donde vivía. Cerró la puerta exterior sin asegurar el gancho, y entró después de ella.

— Señor Jesucristo, Hijo de Dios, ten piedad de mí, pecador. Señor, ten piedad de mí, pecador — oraba sin cesar, no solo para sí mismo, sino involuntariamente moviendo los labios —. ¡Siéntase, por favor! — le dijo de nuevo. Ella estaba de pie en el medio de la habitación, con la humedad goteando de ella al suelo mientras lo miraba. Sus ojos reían.

— Perdóname por haber perturbado tu soledad. Pero ves en qué situación me encuentro. Todo sucedió porque salimos de la ciudad para un paseo en trineo, y yo aposté que volvería caminando sola desde Vorobevka hasta la ciudad. Pero luego perdí el camino, y si no hubiera encontrado tu celda... — Comenzó a mentir, pero su rostro la confundió tanto que no pudo continuar y se quedó callada. No había esperado que él fuera en absoluto como era. No era tan apuesto como había imaginado, pero sin embargo era hermoso a sus ojos: su cabello y barba grisáceos, ligeramente rizados, su fina nariz regular y sus ojos como brasas cuando la miraba, le causaron una fuerte impresión.

Él vio que ella estaba mintiendo.

— Sí... así — dijo, mirándola y bajando nuevamente los ojos —. Iré allí, y este lugar es todo tuyo.

Y bajando la pequeña lámpara, encendió una vela, y haciendo una reverencia ante ella, se dirigió a la pequeña celda más allá de la partición, y ella lo escuchó comenzar a mover algo allí. "Probablemente se está atrincherando contra mí", pensó con una sonrisa, y quitándose su capa de piel de perro blanco trató de quitarse la gorra, que se había enredado en su cabello y en el pañuelo que llevaba debajo. No se había mojado mucho cuando estaba bajo la ventana, y solo había dicho eso como un pretexto para que él la dejara entrar. Pero realmente había pisado el charco en la puerta, y su pie izquierdo estaba mojado hasta el tobillo y su zapato lleno de agua. Se sentó en su cama, solo un banco cubierto con un trozo de alfombra, y comenzó a quitarse las botas. La pequeña celda le parecía encantadora. La estrecha habitación, de unos dos metros por tres, estaba tan limpia como un cristal. No había nada en ella excepto el banco en el que estaba sentada, la estantería encima, y un atril en la esquina. Un abrigo de piel de oveja y una sotana colgaban de clavos junto a la puerta. Sobre el atril estaba la pequeña lámpara y un icono de Cristo en su corona de espinas. La habitación olía extrañamente a sudor y a tierra. Todo le gustaba, incluso ese olor. Sus pies mojados, espe-

cialmente uno de ellos, estaban incómodos, y rápidamente comenzó a quitarse las botas y las medias sin dejar de sonreír, complacida no tanto por haber logrado su objetivo como porque percibía que había avergonzado a ese encantador, extraño, impresionante y atractivo hombre. "Él no respondió, pero ¿qué importa?", se dijo.

— ¡Padre Sergio! ¡Padre Sergio! ¿O cómo debo llamarte?

— ¿Qué quieres? — respondió una voz tranquila.

— Por favor, perdóname por haber perturbado tu soledad, pero realmente no pude evitarlo. Simplemente me habría enfermado. Y no sé si no me pondré enferma ahora. Estoy completamente mojada y mis pies están como hielo.

— Perdóname — respondió la voz tranquila —. No puedo asistirte en nada.

— No te habría molestado si hubiera podido evitarlo. Solo estaré aquí hasta el amanecer.

No respondió y ella lo escuchó murmurar algo, probablemente sus oraciones.

— ¿No vas a entrar aquí? — preguntó, sonriendo —. Porque debo desnudarme para secarme.

No respondió, pero continuó recitando sus oraciones.

— Sí, ese es un hombre — pensó ella, quitándose con dificultad la bota empapada. Tiraba de ella, pero no podía quitarla. Lo absurdo de la situación la golpeó y comenzó a reír casi inaudiblemente. Pero sabiendo que él escucharía su risa y se conmovría como ella deseaba, rió más fuerte, y su risa, alegre, natural y amable, realmente lo afectó justo de la manera que ella quería.

— Sí, podría amar a un hombre así — pensó —, con esos ojos y ese rostro tan simple y noble, y apasionado también a pesar de todas las oraciones que murmura. No se puede engañar a una mujer en estas cosas. Tan pronto como puso su cara en la ventana y me vio, lo entendió y lo supo. El destello estaba en sus ojos y permaneció allí. Empezó a amarme y a desearme. Sí, ¡desear! — dijo, quitándose al fin su zapato y su bota y comenzando a quitarse las medias. Para quitarse esas largas medias con elástico, era necesario levantar sus faldas. Se sintió avergonzada y dijo:

— ¡No entres!

Pero no hubo respuesta del otro lado de la pared. El murmullo constante continuaba y también el sonido de movimiento.

— Se está postrando hasta el suelo, sin duda — pensó ella—. Pero no se libraré de esto inclinándose. Está pensando en mí, igual que yo estoy pensando en él. Está pensando en estos pies míos con el mismo sentimiento que yo tengo. — Y se quitó las medias mojadas y subió los pies al banco, presionándolos debajo de ella. Se sentó un rato así, con los brazos alrededor de las rodillas y mirando pensativamente ante ella—. Pero es un desierto, aquí en este silencio. Nadie lo sabría jamás...

Se levantó, llevó sus medias a la estufa y las colgó en la chimenea. Era una chimenea rara, la giró, y luego, caminando ligeramente sobre sus pies desnudos, regresó al banco y se sentó allí nuevamente con los pies levantados.

Había completo silencio en el otro lado de la partición. Miró el pequeño reloj que colgaba alrededor de su cuello. Eran las dos en punto. — ¡Nuestro grupo debería regresar alrededor de las tres! — No tenía más de una hora por delante—. Bueno, ¿voy a quedarme así toda sola? ¡Qué tontería! No quiero. Lo llamaré de inmediato.

— ¡Padre Sergio! ¡Padre Sergio! ¡Sergey Dmítrich! ¡Príncipe Kasatsky!

Más allá de la partición todo estaba en silencio.

— ¡Escucha! Esto es cruel. No te llamaría si no fuera necesario. Estoy enferma. ¡No sé qué me pasa! — exclamó en tono de sufrimiento—. ¡Oh! ¡Oh! — gimió, cayendo sobre el banco. Y lo extraño es que realmente sentía que sus fuerzas la abandonaban, que se desmayaba, que todo le dolía y que temblaba de fiebre.

— ¡Escucha! ¡Ayúdame! No sé qué me pasa. ¡Oh! ¡Oh! — Desabrochó su vestido, exponiendo su pecho, y levantó los brazos, desnudos hasta el codo—. ¡Oh! ¡Oh!

Todo este tiempo él estaba del otro lado de la partición y rezaba. Habiendo terminado todas las oraciones de la noche, ahora estaba inmóvil, sus ojos mirando la punta de su nariz, y repetía mentalmente con toda su alma: — ¡Señor Jesucristo, Hijo de Dios, ten piedad de mí!

Pero había escuchado todo. Había oído cómo el seda crujía cuando ella se quitaba el vestido, cómo caminaba descalza por el suelo, y había oído cómo se frotaba los pies con la mano. Sentía su propia debilidad, y que podría perderse en cualquier momento. Por eso rezaba sin cesar. Se sentía más bien como el héroe del cuento de hadas que tenía que seguir adelante sin mirar atrás. Así, Sergio escuchaba y sentía que el peligro y la destrucción estaban allí, flotando sobre y alrededor de él, y que solo podía salvarse no mirando en esa dirección ni un instante. Pero de repente el deseo de mirar lo atrapó. En ese mismo instante ella dijo:

—Esto es inhumano. Puedo morir...

—Sí, iré a ella, pero como el santo que puso una mano sobre la adúltera y metió la otra en el brasero. Pero aquí no hay brasero. —Miró alrededor. ¡La lámpara! Puso su dedo sobre la llama y frunció el ceño, preparándose para sufrir. Y durante un tiempo bastante largo, según le pareció, no hubo sensación, pero de repente, aún no había decidido si era lo suficientemente doloroso, se estremeció todo, retiró su mano y la agitó en el aire—. ¡No, no puedo soportarlo!

—¡Por el amor de Dios, ven a mí! ¡Estoy muriendo! ¡Oh!

—Bueno, ¿pereceré? No, ¡no así!

—Iré a ti de inmediato —dijo, y habiendo abierto su puerta, fue sin mirarla a través de la celda hacia el porche donde solía cortar leña. Allí buscó el tronco y el hacha que estaba apoyada contra la pared.

—¡Inmediatamente! —dijo, y tomando el hacha con su mano derecha, colocó el dedo índice de su mano izquierda en el tronco, levantó el hacha y golpeó con ella debajo de la segunda articulación. El dedo voló más ligeramente que un palo de similar grosor, rebotó, giró sobre el borde del tronco y luego cayó al suelo.

Lo oyó caer antes de sentir cualquier dolor, pero antes de que tuviera tiempo de sorprenderse, sintió un dolor ardiente y el calor de la sangre fluyendo. Rápidamente envolvió el muñón en la falda de su sotana, y presionándolo contra su cadera, regresó a la habitación y, parado frente a la mujer, bajó los ojos y preguntó en voz baja: —¿Qué quieres?

Ella miró su rostro pálido y su mejilla izquierda temblorosa, y de repente se sintió avergonzada. Se levantó de un salto, tomó su abrigo de piel, y arro-

jándoselo sobre los hombros, se envolvió en él.

—Tenía dolor... He cogido frío... Yo... Padre Sergio... Yo...

Él dejó que sus ojos, brillando con una tranquila luz de alegría, descansaran sobre ella, y dijo:

—Querida hermana, ¿por qué quisiste arruinar tu alma inmortal? Las tentaciones deben venir al mundo, pero ¡ay de aquel por quien viene la tentación! Ora para que Dios nos perdone.

Ella escuchaba y lo miraba. De repente oyó el sonido de algo goteando. Miró hacia abajo y vio que la sangre fluía de su mano y bajaba por su sotana.

—¿Qué has hecho con tu mano? —Recordó el sonido que había oído, y tomando la pequeña lámpara corrió al porche. Allí en el suelo vio el dedo ensangrentado. Regresó con el rostro más pálido que el de él y estaba a punto de hablarle, pero él pasó silenciosamente a la celda trasera y cerró la puerta.

—¡Perdóname! —dijo ella—. ¿Cómo puedo expiar mi pecado?

—Vete.

—Déjame vendar tu mano.

—Vete de aquí.

Ella se vistió apresuradamente y en silencio, y cuando estuvo lista, se sentó esperando con sus pieles. Se escucharon las campanas del trineo afuera.

—¡Padre Sergio, perdóname!

—Vete. Dios te perdonará.

—¡Padre Sergio! Cambiaré mi vida. ¡No me abandones!

—Vete.

—Perdóname y dame tu bendición.

—En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo —oyó su voz desde detrás de la partición—. ¡Vete!

Ella estalló en sollozos y salió de la celda. El abogado se adelantó para recibirla.

—Bueno, veo que he perdido la apuesta. No se puede evitar. ¿Dónde te sentarás?

—Me da igual.

Tomó asiento en el trineo y no pronunció una palabra en todo el camino de regreso.

Un año después, ingresó a un convento como novicia y vivió una vida estricta bajo la dirección del ermitaño Arseny, quien le escribía cartas a intervalos largos.

PARTE IV

El padre Sergio vivió como ermitaño durante otros siete años.

Al principio aceptaba muchas de las cosas que la gente le llevaba: té, azúcar, pan blanco, leche, ropa y leña. Pero a medida que pasaba el tiempo, llevaba una vida cada vez más austera, rechazando todo lo superfluo y finalmente no aceptaba nada más que pan de centeno una vez a la semana. Todo lo demás que le llevaban lo daba a los pobres que venían a verlo. Pasaba todo su tiempo en su celda, en oración o en conversación con los visitantes, que se volvieron cada vez más numerosos con el tiempo. Solo tres veces al año salía a la iglesia, y cuando era necesario, salía a buscar agua y leña.

El episodio con Makovkina había ocurrido después de cinco años de su vida como ermitaño. Ese suceso pronto se hizo generalmente conocido: su visita nocturna, el cambio que ella experimentó y su ingreso en un convento. Desde entonces, la fama del padre Sergio aumentó. Cada vez más visitantes venían a verlo, otros monjes se establecieron cerca de su celda y se erigió allí una iglesia y también una hospedería. Su fama, como de costumbre exagerando sus hazañas, se extendió cada vez más. La gente empezó a venir de lejos y comenzaron a traerle enfermos a quienes decían que curaba.

Su primera cura ocurrió en el octavo año de su vida como ermitaño. Fue la curación de un niño de catorce años, cuya madre lo llevó al padre Sergio insistiendo en que él debía poner su mano sobre la cabeza del niño. Nunca se le había ocurrido al padre Sergio que podría curar a los enfermos. Habría considerado tal pensamiento como un gran pecado de orgullo; pero la madre que trajo al niño lo imploró insistentemente, cayendo a sus pies y di-

ciendo: "¿Por qué tú, que curas a otros, te niegas a ayudar a mi hijo?" Ella lo suplicó en nombre de Cristo. Cuando el padre Sergio le aseguró que solo Dios podía curar a los enfermos, ella respondió que solo quería que él pusiera sus manos sobre el niño y orara por él. El padre Sergio se negó y regresó a su celda. Pero al día siguiente (era otoño y las noches ya eran frías) al salir a buscar agua vio a la misma madre con su hijo, un niño pálido de catorce años, y fue recibido con la misma petición.

Recordó la parábola del juez injusto, y aunque antes había estado seguro de que debía negarse, ahora comenzó a dudar y, habiendo dudado, se dedicó a la oración y oró hasta que una decisión se formó en su alma. Esta decisión fue que debía acceder a la petición de la mujer y que su fe podría salvar a su hijo. En cuanto a él, en este caso no sería más que un instrumento insignificante elegido por Dios.

Y saliendo hacia la madre hizo lo que ella le pedía: puso su mano sobre la cabeza del niño y oró.

La madre se fue con su hijo, y un mes después el niño se recuperó, y la fama del poder curativo del santo starets Sergio (como ahora lo llamaban) se extendió por todo el distrito. Después de eso, no pasaba una semana sin que enfermos vinieran, a caballo o a pie, al padre Sergio; y habiendo accedido a una petición, no podía rechazar otras, y ponía sus manos sobre muchos y oraba. Muchos se recuperaban, y su fama se extendió más y más.

Así pasaron siete años en el Monasterio y trece en su celda de ermitaño. Ahora tenía la apariencia de un anciano: su barba era larga y gris, pero su cabello, aunque escaso, seguía siendo negro y rizado.

PARTE V

Durante algunas semanas, el padre Sergio había estado viviendo con un pensamiento persistente: si estaba en lo correcto al aceptar la posición en la que no tanto se había colocado él mismo, sino que había sido colocado por el archimandrita y el abad. Esa posición había comenzado después de la recuperación del niño de catorce años. Desde entonces, con cada mes, semana y día que pasaba, Sergio sentía que su vida interior se desvanecía y era reemplazada por la vida exterior. Era como si lo hubieran vuelto del revés.

Sergio veía que era un medio para atraer visitantes y contribuciones al monasterio, y que, por lo tanto, las autoridades organizaban las cosas de tal manera que lo usaban lo más posible. Por ejemplo, le hacían imposible realizar cualquier trabajo manual. Le suministraban todo lo que podía necesitar, y solo le pedían que no negara su bendición a aquellos que venían a buscarla. Para su conveniencia, le asignaron días en los que recibiría. Le arreglaron una sala de recepción para hombres, y un lugar estaba cercado para que no lo empujaran las multitudes de mujeres visitantes, y para que pudiera bendecir convenientemente a quienes venían.

Le decían que la gente lo necesitaba, y que cumpliendo con la ley de amor de Cristo no podía rechazar su demanda de verlo, y que evitarlos sería cruel. No podía menos que estar de acuerdo con esto, pero cuanto más se entregaba a esa vida, más sentía que lo interno se volvía externo, y que la fuente de agua viva dentro de él se secaba, y que lo que hacía ahora lo hacía más y más por los hombres y menos y menos por Dios.

Ya fuera que amonestara a la gente, o simplemente los bendijera, o rezara por los enfermos, o aconsejara a las personas sobre sus vidas, o escuchara expresiones de gratitud de aquellos a quienes había ayudado con preceptos, limosnas o curaciones (según le aseguraban)—no podía evitar sentirse complacido por ello, y no podía ser indiferente a los resultados de su actividad y a la influencia que ejercía. Se consideraba una luz brillante, y cuanto más sentía esto, más consciente era de un debilitamiento, de una disminución de la luz divina de la verdad que brillaba dentro de él.

"¿Hasta qué punto lo que hago es por Dios y hasta qué punto es por los hombres?" Esa era la pregunta que lo atormentaba insistentemente y a la cual no tanto no podía responderse a sí mismo como no podía enfrentarse a la respuesta.

En el fondo de su alma sentía que el diablo había sustituido una actividad por los hombres en lugar de su antigua actividad por Dios. Sentía esto porque, así como antes le resultaba difícil separarse de su soledad, ahora esa misma soledad le resultaba difícil. Los visitantes lo oprimían y lo cansaban, pero en el fondo de su corazón se alegraba de su presencia y de los elogios que le prodigaban.

Hubo un tiempo en que decidió irse y esconderse. Incluso planeó todo lo necesario para ese propósito. Se preparó una camisa de campesino, pantalones, abrigo y gorra. Explicó que quería dárselos a quienes los pidieran. Y guardó esas ropas en su celda, planeando cómo se las pondría, se cortaría el cabello corto y se iría. Primero viajaría unos trescientos verstas en tren, luego dejaría el tren y caminaría de pueblo en pueblo. Le preguntó a un anciano que había sido soldado cómo caminaba: qué le daba la gente y qué refugio le permitían. El soldado le contó dónde la gente era más caritativa y dónde aceptaban a un vagabundo para pasar la noche, y el padre Sergio pensaba aprovechar esta información. Incluso se puso esas ropas una noche en su deseo de irse, pero no pudo decidir qué era lo mejor, si quedarse o escapar. Al principio dudaba, pero luego esa indecisión pasó. Se sometió a la costumbre y cedió al diablo, y solo la vestimenta campesina le recordaba el pensamiento y el sentimiento que había tenido.

Cada día más y más personas acudían a él y cada vez le quedaba menos tiempo para la oración y para renovar su fuerza espiritual. A veces, en momentos de lucidez, pensaba que era como un lugar donde alguna vez hubo

un manantial. "Solía haber un débil manantial de agua viva que fluía tranquilamente desde mí y a través de mí. Esa era la verdadera vida, el tiempo en que ella me tentó" (siempre pensaba con éxtasis en esa noche y en ella, que ahora era la Madre Inés). Ella había probado de esa agua pura, pero desde entonces no había habido tiempo para que se recolectara antes de que llegaran personas sedientas empujándose unas a otras. Y habían pisoteado todo y no quedaba más que barro.

Así pensaba en raros momentos de lucidez, pero su estado habitual de ánimo era uno de cansancio y una tierna lástima por sí mismo debido a ese cansancio.

Era primavera, en la víspera de la fiesta de medio Pentecostés. El padre Sergio oficiaba en el servicio de vigilia en la iglesia de su ermita, donde la congregación era tan grande como la pequeña iglesia podía albergar, unas veinte personas. Todos eran propietarios acomodados o comerciantes. El padre Sergio admitía a cualquiera, pero la selección la hacían el monje asistente y un ayudante que era enviado diariamente desde el monasterio a la ermita. Afuera, un grupo de unas ochenta personas —peregrinos y campesinos, y especialmente campesinas— esperaba que el padre Sergio saliera y los bendijera. Mientras tanto, él dirigía el servicio, pero en el momento en que salió a la tumba de su predecesor, se tambaleó y habría caído si no lo hubiera sostenido un comerciante que estaba detrás de él y el monje que actuaba como diácono.

—¿Qué le pasa, padre Sergio? ¡Querido hombre! ¡Oh, Señor! —exclamaron las mujeres—. ¡Está pálido como una sábana!

Pero el padre Sergio se recuperó de inmediato y, aunque muy pálido, apartó al comerciante y al diácono y continuó cantando el servicio.

El padre Serafín, el diácono, los acólitos y Sofía Ivánovna, una señora que siempre vivía cerca de la ermita y cuidaba del padre Sergio, le rogaron que terminara el servicio.

—No, no pasa nada —dijo el padre Sergio, sonriendo ligeramente desde debajo de su bigote y continuando el servicio—. Sí, así es como se comportan los santos —pensó.

—¡Un hombre santo, un ángel de Dios! —escuchó en ese momento la voz de Sofía Ivánovna detrás de él, y también la del comerciante que lo ha-

bía sostenido. No hizo caso de sus súplicas, sino que continuó con el servicio. Nuevamente, todos se abrieron paso por los estrechos pasillos de regreso a la pequeña iglesia, y allí, aunque acortándolo un poco, el padre Sergio completó las vísperas.

Inmediatamente después del servicio, el padre Sergio, habiendo pronunciado la bendición sobre los presentes, se dirigió al banco bajo el olmo en la entrada de la cueva. Deseaba descansar y respirar aire fresco; lo necesitaba. Pero tan pronto como salió de la iglesia, la multitud de personas se precipitó hacia él solicitando su bendición, su consejo y su ayuda. Había peregrinos que constantemente deambulaban de un lugar santo a otro y de un starets a otro, y siempre se sentían encantados con cada santuario y cada starets. El padre Sergio conocía este tipo común, frío, convencional y muy irreligioso. Había peregrinos, en su mayoría soldados licenciados, no acostumbrados a una vida estable, empobrecidos y muchos de ellos viejos borrachos, que deambulaban de monasterio en monasterio simplemente para ser alimentados. Y había campesinos rudos y campesinas que venían con sus necesidades egoístas, buscando curas o resolver dudas sobre asuntos bastante prácticos: sobre casar a una hija, alquilar una tienda, comprar un pedazo de tierra o cómo expiar haber asfixiado a un hijo o haber tenido uno ilegítimo.

Todo esto era una vieja historia y no le interesaba en absoluto. Sabía que no escucharía nada nuevo de esta gente, que no despertarían en él ninguna emoción religiosa; pero le gustaba ver a la multitud a la que su bendición y consejo les era necesario y valioso, por lo que, aunque esa multitud lo oprimía, también le complacía. El padre Serafín comenzó a alejarlos, diciendo que el padre Sergio estaba cansado.

Pero el padre Sergio, recordando las palabras del Evangelio: "No se lo impidáis" (a los niños) "venir a mí", y sintiendo ternura hacia sí mismo al recordar esto, dijo que se les permitiera acercarse.

Se levantó, fue hacia la barandilla donde se había reunido la multitud y comenzó a bendecirlos y a responder a sus preguntas, pero en una voz tan débil que se sintió conmovido de lástima por sí mismo. Sin embargo, a pesar de su deseo de recibirlos a todos, no pudo hacerlo. Las cosas se volvieron a oscurecer ante sus ojos, y se tambaleó y se agarró a las barandillas. Sintió una oleada de sangre a la cabeza y primero se puso pálido y luego, de repente, se ruborizó.

—Debo dejar el resto para mañana. No puedo hacer más hoy —y, pronunciando una bendición general, regresó al banco. El comerciante lo sostuvo nuevamente y, tomándolo del brazo, lo ayudó a sentarse.

—¡Padre! —se oían voces de la multitud—. ¡Querido Padre! No nos abandones. ¡Sin ti estamos perdidos!

El comerciante, habiendo sentado al padre Sergio en el banco bajo el olmo, asumió tareas de policía y ahuyentó a la gente con mucha resolución. Es cierto que hablaba en voz baja para que el padre Sergio no lo oyera, pero sus palabras eran incisivas y enojadas.

—¡Fuera, fuera! Él los ha bendecido, ¿y qué más quieren? ¡Largo de aquí, o les retorceré el cuello! ¡Muévanse! ¡Sigue adelante, anciana con tus vendas sucias! ¡Vete, vete! ¿A dónde empujas? Se te ha dicho que ha terminado. Mañana será como Dios quiera, pero por hoy ha terminado.

—¡Padre! Solo deja que mis ojos vean su querido rostro —dijo una anciana.

—¡Te dejaré ver! ¿A dónde empujas?

El padre Sergio notó que el comerciante parecía estar actuando de manera brusca, y con una voz débil le dijo al asistente que no se alejara a la gente. Sabía que de todos modos los alejarían, y deseaba mucho quedarse solo y descansar, pero envió al asistente con ese mensaje para causar una impresión.

—Está bien, está bien. No los estoy echando. Solo estoy amonestándolos —respondió el comerciante—. Sabes que no dudarían en llevar a un hombre a la muerte. No tienen piedad, solo se consideran a sí mismos. Se te ha dicho que no puedes verlo. ¡Vete! ¡Mañana! —Y los echó a todos.

Hizo todos estos esfuerzos porque le gustaba el orden y le gustaba dominar y ahuyentar a la gente, pero principalmente porque quería tener al padre Sergio para sí mismo. Era un viudo con una única hija que era inválida y soltera, y a quien había llevado catorce verstas para que el padre Sergio la curara. Durante dos años la había llevado a diferentes lugares para ser curada: primero a la clínica universitaria en la ciudad principal de la provincia, pero eso no sirvió de nada; luego a un campesino en la provincia de Samara, donde mejoró un poco; luego a un médico en Moscú a quien le pagó mucho dinero, pero esto no sirvió para nada. Ahora le habían dicho que el pa-

dre Sergio realizaba curaciones, y la había traído a él. Así que, cuando toda la gente se hubo ido, se acercó al padre Sergio y, de repente, cayendo de rodillas, exclamó en voz alta:

— ¡Santo Padre! Bendice a mi hija afligida para que sea sanada de su enfermedad. Me atrevo a postrarme a tus santos pies.

Y colocó una mano sobre la otra, en forma de copa. Dijo e hizo todo esto como si estuviera haciendo algo claramente y firmemente designado por la ley y el uso, como si uno debiera y tuviera que pedir la curación de una hija de esta manera y no de otra. Lo hizo con tal convicción que incluso al padre Sergio le pareció que debía decirse y hacerse precisamente de esa manera, pero sin embargo le ordenó levantarse y contarle cuál era el problema. El comerciante dijo que su hija, una joven de veintidós años, había enfermado hace dos años, después de la muerte repentina de su madre. Ella había gemido (como él lo expresó) y desde entonces no había sido ella misma. Y ahora la había traído catorce verstas y estaba esperando en la hospedería hasta que el padre Sergio diera órdenes de traerla. No salía durante el día, temiendo la luz, y solo podía venir después del atardecer.

— ¿Está muy débil? — preguntó el padre Sergio.

— No, no tiene ninguna debilidad en particular. Está bastante lozana, y solo es "neurasténica", dicen los médicos. Si me permites traerla esta noche, padre Sergio, volaré como un espíritu para buscarla. ¡Santo Padre! Revive el corazón de un padre, restaura su línea, salva a su hija afligida con tus oraciones. — Y el comerciante nuevamente se arrodilló y, inclinándose de lado, con la cabeza apoyada en sus puños cerrados, permaneció inmóvil. El padre Sergio nuevamente le dijo que se levantara, y pensando en lo pesadas que eran sus actividades y cómo las soportaba pacientemente a pesar de todo, suspiró profundamente y después de unos segundos de silencio, dijo:

— Bueno, tráela esta noche. Rezaré por ella, pero ahora estoy cansado... — y cerró los ojos — . Te mandaré llamar.

El comerciante se fue, caminando de puntillas, lo que solo hizo que sus botas crujieran más fuerte, y el padre Sergio se quedó solo.

Toda su vida estaba llena de servicios de la Iglesia y de personas que veían a verlo, pero hoy había sido un día particularmente difícil. Por la mañana había llegado un funcionario importante y había tenido una larga con-

versación con él; después de eso, vino una dama con su hijo. Este hijo era un joven profesor escéptico que la madre, una creyente ferviente y devota del padre Sergio, había traído para que hablara con él. La conversación había sido muy difícil. El joven, evidentemente no deseando tener una controversia con un monje, había estado de acuerdo con él en todo como con alguien mentalmente inferior. El padre Sergio vio que el joven no creía, pero sin embargo estaba satisfecho, tranquilo y a gusto, y el recuerdo de esa conversación ahora lo inquietaba.

—Come algo, padre —dijo el asistente.

—Está bien, tráeme algo.

El asistente fue a una cabaña que se había arreglado a unos diez pasos de la cueva, y el padre Sergio se quedó solo.

Hacía mucho tiempo que había pasado la época en que vivía solo haciendo todo por sí mismo y comiendo solo pan de centeno o panecillos preparados para la Iglesia. Hacía tiempo que le habían aconsejado que no tenía derecho a descuidar su salud, y le daban alimentos saludables, aunque de Cuaresma. Comía frugalmente, aunque mucho más de lo que había hecho, y a menudo comía con mucho placer, y no como antes, con aversión y una sensación de culpa. Así fue ahora. Tomó algo de gachas, bebió una taza de té y comió medio panecillo blanco.

El asistente se fue y el padre Sergio se quedó solo bajo el olmo.

Era una maravillosa noche de mayo, cuando los abedules, álamos, olmos, cerezos silvestres y robles acababan de brotar.

El arbusto de cerezo silvestre detrás del olmo estaba en plena floración y aún no había comenzado a perder sus flores, y los ruiseñores, uno muy cerca y dos o tres más en los arbustos junto al río, estallaron en canto después de algunos trinos preliminares. Desde el río llegaban los cantos lejanos de los campesinos que volvían, sin duda, de su trabajo. El sol se estaba poniendo detrás del bosque, sus últimos rayos brillando a través de las hojas. Todo ese lado era de un verde brillante, el otro lado con el olmo era oscuro. Los escarabajos volaban torpemente, cayendo al suelo cuando chocaban con algo.

Después de la cena, el padre Sergio comenzó a repetir una oración silenciosa: "¡Oh, Señor Jesucristo, Hijo de Dios, ten piedad de nosotros!", y lue-

go leyó un salmo, y de repente en medio del salmo un gorrión salió del arbusto, aterrizó en el suelo y saltó hacia él chirriando mientras venía, pero luego se asustó de algo y voló. Dijo una oración que se refería a su abandono del mundo y se apresuró a terminarla para enviar a buscar al comerciante con la hija enferma. Ella le interesaba porque le presentaba una distracción, y porque tanto ella como su padre lo consideraban un santo cuyas oraciones eran eficaces. Exteriormente desmentía esa idea, pero en el fondo de su alma consideraba que era cierta.

A menudo se asombraba de que esto hubiera sucedido, que él, Stepan Kasatsky, hubiera llegado a ser un santo tan extraordinario e incluso un obrador de milagros, pero del hecho de que lo fuera no podía haber la menor duda. No podía dejar de creer en los milagros que él mismo presenciaba, comenzando con el niño enfermo y terminando con la anciana que había recuperado la vista cuando él había rezado por ella.

Por extraño que fuera, así era. En consecuencia, la hija del comerciante le interesaba como un nuevo individuo que tenía fe en él, y también como una nueva oportunidad para confirmar sus poderes curativos y aumentar su fama. "Traen a la gente mil verstas y escriben sobre ello en los periódicos. El emperador lo sabe, y lo saben en Europa, en la Europa incrédula" —pensó. Y de repente se sintió avergonzado de su vanidad y nuevamente comenzó a orar. "Señor, Rey del Cielo, Consolador, Alma de la Verdad. ¡Ven y entra en mí y límpiame de todo pecado y salva y bendice mi alma. Límpiame del pecado de la vanidad mundana que me inquieta!" repetía, y recordó cuántas veces había orado por esto y cuán vanas habían sido hasta ahora sus oraciones en ese sentido. Sus oraciones obraban milagros para los demás, pero en su propio caso Dios no le había concedido la liberación de esta pequeña pasión.

Recordó sus oraciones al comienzo de su vida en la ermita, cuando oraba por la pureza, la humildad y el amor, y cómo le parecía entonces que Dios escuchaba sus oraciones. Había mantenido su pureza y se había cortado el dedo. Y levantó el muñón marchito de ese dedo hacia sus labios y lo besó. Ahora le parecía que entonces había sido humilde cuando siempre se le había parecido repulsivo a sí mismo debido a su pecaminosidad; y cuando recordó los sentimientos tiernos con los que había recibido a un anciano que traía a un soldado borracho a pedir limosna; y cómo había recibido a ELLA, le parecía que entonces también había poseído amor. Pero ahora, ¿y ahora?

Y se preguntaba si amaba a alguien, si amaba a Sofía Ivánovna, o al padre Serafín, si tenía algún sentimiento de amor hacia todos los que habían venido a él ese día, hacia ese joven erudito con quien había tenido esa discusión instructiva en la que solo estaba interesado en mostrar su propia inteligencia y en demostrar que no se había quedado atrás en el conocimiento de los tiempos. Quería y necesitaba su amor, pero no sentía ninguno hacia ellos. Ahora no tenía ni amor, ni humildad, ni pureza.

Le complacía saber que la hija del comerciante tenía veintidós años, y se preguntaba si era guapa. Cuando preguntó si era débil, en realidad quería saber si tenía encanto femenino.

"¿Puedo haber caído tan bajo?" pensó. "¡Señor, ayúdame! ¡Restaura mi Señor y Dios!" Y juntó las manos y comenzó a orar.

Los ruiseñores comenzaron a cantar, un escarabajo chocó contra él y trepó por la parte posterior de su cuello. Lo apartó. "¿Pero existe Él? ¿Y si estoy llamando a una puerta cerrada desde afuera? La barra está en la puerta para que todos la vean. La naturaleza, los ruiseñores y los escarabajos, es esa barra. Tal vez el joven tenía razón." Y comenzó a orar en voz alta. Oró durante mucho tiempo hasta que esos pensamientos desaparecieron y nuevamente se sintió tranquilo y confiado. Tocó la campana y le dijo al asistente que dijera que el comerciante podía traerle a su hija ahora.

El comerciante llegó, llevando a su hija del brazo. La llevó a la celda y de inmediato la dejó.

Era una chica muy rubia, regordeta y muy baja, con un rostro pálido, asustado e infantil y una figura femenina muy desarrollada. El padre Sergio permaneció sentado en el banco a la entrada y, cuando ella pasaba y se detenía junto a él para recibir su bendición, se horrorizó de sí mismo por la forma en que miró su figura. Mientras pasaba junto a él, era agudamente consciente de su feminidad, aunque veía por su rostro que era sensual y de mente débil. Se levantó y entró en la celda. Ella estaba sentada en un taburete esperándolo, y cuando él entró, ella se levantó.

—Quiero volver con papá —dijo ella.

—No tengas miedo —respondió él—. ¿De qué sufres?

—Me duele todo —dijo, y de repente su rostro se iluminó con una sonrisa.

—Te pondrás bien —dijo él—. ¡Reza!

—¿De qué sirve rezar? He rezado y no sirve de nada —y continuó sonriendo—. Quiero que reces por mí y pongas tus manos sobre mí. Te vi en un sueño.

—¿Cómo me viste?

—Te vi poner tus manos sobre mi pecho así. —Ella tomó su mano y la presionó contra su pecho—. Justo aquí.

Él le cedió su mano derecha.

—¿Cómo te llamas? —preguntó, temblando por todo el cuerpo y sintiendo que estaba perdido y que su deseo ya había pasado más allá del control.

—María. ¿Por qué?

Ella tomó su mano y la besó, y luego le rodeó la cintura con su brazo y lo presionó contra ella.

—¿Qué estás haciendo? —dijo él—. María, ¡eres un diablo!

—Oh, tal vez. ¿Qué importa?

Y abrazándolo, se sentó con él en la cama.

Al amanecer salió al porche.

"¿Puede haber pasado todo esto? Su padre vendrá y le contará todo. ¡Ella es un diablo! ¿Qué voy a hacer? Aquí está el hacha con la que me corté el dedo." Agarró el hacha y se dirigió de nuevo hacia la celda.

El asistente se acercó.

—¿Quieres que corte leña? Déjame el hacha.

Sergio le cedió el hacha y entró en la celda. Ella estaba allí acostada durmiendo. La miró con horror y pasó más allá de la partición, donde tomó las ropas de campesino y se las puso. Luego agarró unas tijeras, se cortó el cabello largo y salió por el camino que bajaba hacia el río, donde no había estado en más de tres años.

Un camino corría junto al río y él siguió por él y caminó hasta el mediodía. Luego entró en un campo de centeno y se tumbó allí. Hacia la tarde se

acercó a un pueblo, pero sin entrar en él, se dirigió hacia el acantilado que dominaba el río. Allí se acostó nuevamente para descansar.

Era temprano en la mañana, media hora antes del amanecer. Todo estaba húmedo y sombrío y un frío viento matutino soplaba desde el oeste. "Sí, debo terminar con todo. No hay Dios. Pero ¿cómo debo terminarlo? ¿Tirarme al río? Sé nadar y no me ahogaría. ¿Ahorcarme? Sí, simplemente colgar esta faja sobre una rama." Esto parecía tan factible y tan fácil que se sintió horrorizado. Como de costumbre en momentos de desesperación, sintió la necesidad de orar. Pero no había nadie a quien orar. No había Dios. Se tumbó apoyado en su brazo, y de repente un deseo tan fuerte de dormir lo invadió que no pudo seguir sosteniendo su cabeza con la mano, sino que extendió su brazo, apoyó la cabeza sobre él y se quedó dormido. Pero ese sueño duró solo un momento. Se despertó de inmediato y comenzó no a soñar, sino a recordar.

Se vio a sí mismo como un niño en la casa de su madre en el campo. Un carruaje se detiene, y de él baja el tío Nicolás Serguéievich, con su larga barba negra en forma de pala, y con él Pashenka, una niña delgada con grandes ojos suaves y una cara tímida y patética. Y en su compañía de chicos traen a Pashenka y tienen que jugar con ella, pero es aburrido. Ella es tonta, y termina con ellos burlándose de ella y obligándola a mostrar cómo sabe nadar. Ella se acuesta en el suelo y se lo muestra, y todos se ríen y se burlan de ella. Ella ve esto y se ruboriza en parches y se vuelve más lastimosa que antes, tan lastimosa que él se siente avergonzado y nunca puede olvidar esa sonrisa torcida, amable y sumisa. Y Sergio recordó haberla visto desde entonces. Mucho después, justo antes de convertirse en monje, ella se había casado con un terrateniente que había malgastado toda su fortuna y tenía la costumbre de golpearla. Había tenido dos hijos, un hijo y una hija, pero el hijo había muerto siendo joven. Y Sergio recordó haberla visto muy desgraciada. Luego, nuevamente, la había visto en el monasterio cuando era viuda. Ella seguía siendo la misma, no exactamente estúpida, pero insípida, insignificante y lastimosa. Ella había venido con su hija y el prometido de su hija. Ya eran pobres en ese momento y más tarde había oído que vivía en una pequeña ciudad provincial y era muy pobre.

"¿Por qué estoy pensando en ella?" se preguntó, pero no pudo dejar de hacerlo. "¿Dónde está? ¿Cómo le va? ¿Sigue tan infeliz como entonces

cuando tuvo que mostrarnos cómo nadar en el suelo? Pero, ¿por qué debería pensar en ella? ¿Qué estoy haciendo? Debo acabar conmigo mismo."

Y nuevamente sintió miedo, y nuevamente, para escapar de ese pensamiento, siguió pensando en Pashenka.

Así estuvo durante mucho tiempo, pensando ahora en su fin inevitable y ahora en Pashenka. Ella se le presentaba como un medio de salvación. Finalmente se quedó dormido, y en su sueño vio a un ángel que vino a él y le dijo: "Ve a Pashenka y aprende de ella lo que tienes que hacer, cuál es tu pecado y dónde reside tu salvación".

Despertó, y habiendo decidido que esto era una visión enviada por Dios, se sintió feliz y resolvió hacer lo que le había sido indicado en la visión. Sabía en qué ciudad vivía ella. Estaba a unos trescientos verstas (doscientas millas) de distancia, y se puso en marcha para caminar hasta allí.

PARTE VI

Pashenka había dejado de ser Pashenka hacía ya mucho tiempo y se había convertido en la vieja, marchita y arrugada Praskovya Mikhaylovna, suegra de ese fracaso, el funcionario borracho Mavrikyev. Vivía en la ciudad de provincia donde él había tenido su último puesto, y allí sostenía a la familia: su hija, su yerno neurasténico y enfermo, y sus cinco nietos. Lo hacía dando clases de música a las hijas de los comerciantes, dando cuatro y a veces cinco lecciones al día de una hora cada una, y ganando así unos sesenta rublos al mes. Así vivían por el momento, a la espera de otro nombramiento. Había enviado cartas a todos sus parientes y conocidos pidiéndoles que le consiguieran un puesto a su yerno, y entre ellos había escrito a Sergio, pero esa carta no había llegado a sus manos.

Era sábado, y Praskovya Mikhaylovna estaba mezclando masa para hacer pan de grosellas como lo hacía tan bien la cocinera sierva en la finca de su padre. Quería darles una sorpresa a sus nietos el domingo.

Masha, su hija, estaba amamantando a su hijo menor, el hijo mayor y la hija estaban en la escuela, y su yerno estaba durmiendo, ya que no había dormido durante la noche. Praskovya Mikhaylovna también había permanecido despierta gran parte de la noche, tratando de suavizar la ira de su hija contra su marido.

Veía que era imposible que su yerno, una criatura débil, fuera diferente de lo que era, y se daba cuenta de que los reproches de su esposa no servirían de nada, así que hacía todo lo posible por suavizar esos reproches y evitar recriminaciones y enojos. Las relaciones hostiles entre las personas le

causaban un sufrimiento físico real. Le resultaba tan claro que los sentimientos amargos no mejoraban nada, sino que solo empeoraban todo. En realidad, no pensaba en esto: simplemente sufría al ver la ira como lo haría con un mal olor, un ruido estridente o golpes en su cuerpo.

Con un sentimiento de satisfacción había enseñado a Lukerya cómo mezclar la masa, cuando su nieto Misha, de seis años, con un delantal y medias remendadas en sus pequeñas piernas torcidas, corrió hacia la cocina con una cara asustada.

— Abuela, un hombre terrible quiere verte.

Lukerya miró por la puerta.

— Hay un peregrino de algún tipo, un hombre...

Praskovya Mikhaylovna se frotó los codos delgados entre sí, se limpió las manos en el delantal y subió las escaleras para sacar una moneda de cinco kopeks de su bolso para él, pero al recordar que no tenía menos de diez kopeks, decidió darle pan en su lugar. Volvió al armario, pero de repente se sonrojó al pensar en haber regateado los diez kopeks, y diciéndole a Lukerya que cortara una rebanada de pan, subió nuevamente las escaleras para buscar la moneda. "Te lo mereces," se dijo a sí misma. "Ahora debes dar el doble."

Le dio tanto el pan como el dinero al peregrino, y al hacerlo, lejos de sentirse orgullosa de su generosidad, se disculpó por dar tan poco. El hombre tenía un aspecto tan imponente.

Aunque había recorrido doscientas versts como mendigo, aunque estaba harapiento y se había adelgazado y curtido, aunque se había cortado el cabello largo y llevaba una gorra y botas de campesino, y aunque se inclinaba muy humildemente, Sergio aún tenía la apariencia impresionante que lo hacía tan atractivo. Pero Praskovya Mikhaylovna no lo reconoció. Difícilmente podía hacerlo, no habiéndolo visto en casi veinte años.

— No piense mal de mí, padre. ¿Quizás quiere algo de comer?

Él tomó el pan y el dinero, y Praskovya Mikhaylovna se sorprendió de que no se fuera, sino que se quedó mirándola.

— Pashenka, ¡he venido a ti! Acógeme...

Sus hermosos ojos negros, brillantes con las lágrimas que empezaban a asomar, estaban fijos en ella con insistencia suplicante. Y bajo su bigote grisáceo, sus labios temblaban lastimosamente.

Praskovya Mikhaylovna presionó sus manos contra su pecho marchito, abrió la boca y se quedó petrificada, mirando al peregrino con los ojos dilatados.

— ¡No puede ser! ¡Stepa! ¡Sergey! ¡Padre Sergio!

— Sí, soy yo — dijo Sergio en voz baja—. Pero no soy Sergius, ni el padre Sergio, sino un gran pecador, Stepan Kasatsky, un gran pecador perdido. ¡Acógeme y ayúdame!

— ¡Es imposible! ¿Cómo te has humillado tanto? Pero pasa.

Le tendió la mano, pero él no la tomó y solo la siguió adentro.

Pero, ¿dónde iba a llevarlo? El alojamiento era pequeño. Antes ella tenía una pequeña habitación, casi un armario, para sí misma, pero luego la había cedido a su hija, y Masha estaba ahora sentada allí meciendo al bebé.

— Siéntate aquí por el momento — dijo ella a Sergio, señalando un banco en la cocina.

Él se sentó de inmediato, y con un movimiento evidentemente acostumbrado, deslizó las correas de su mochila primero de un hombro y luego del otro.

— ¡Dios mío, Dios mío! ¿Cómo te has humillado, padre! Tal fama, y ahora así...

Sergio no respondió, sino que solo sonrió con humildad, colocando su mochila debajo del banco en el que se sentó.

— Masha, ¿sabes quién es? — Y en un susurro, Praskovya Mikhaylovna le contó a su hija quién era, y juntas llevaron luego la cama y la cuna fuera de la pequeña habitación y la despejaron para Sergio.

Praskovya Mikhaylovna lo condujo allí.

— Aquí puedes descansar. No te ofendas... pero tengo que salir.

— ¿Adónde?

—Tengo que ir a una lección. Me da vergüenza decírtelo, pero ¡enseño música!

—¿Música? Pero eso es bueno. Solo una cosa, Praskovya Mikhaylovna, he venido a ti con un propósito definido. ¿Cuándo puedo hablar contigo?

—Me alegraré mucho. ¿Te parece bien esta noche?

—Sí. Pero una cosa más. No hables de mí, ni digas quién soy. Me he revelado solo a ti. Nadie sabe adónde he ido. Debe ser así.

—Oh, pero ya se lo he dicho a mi hija.

PARTE VI

Pashenka había dejado de ser Pashenka hacía ya mucho tiempo y se había convertido en la vieja, marchita y arrugada Praskovya Mikhaylovna, suegra de ese fracaso, el funcionario borracho Mavrikyev. Vivía en la ciudad de provincia donde él había tenido su último puesto, y allí sostenía a la familia: su hija, su yerno neurasténico y enfermo, y sus cinco nietos. Lo hacía dando clases de música a las hijas de los comerciantes, dando cuatro y a veces cinco lecciones al día de una hora cada una, y ganando así unos sesenta rublos (6 libras) al mes. Así vivían por el momento, a la espera de otro nombramiento. Había enviado cartas a todos sus parientes y conocidos pidiéndoles que le consiguieran un puesto a su yerno, y entre ellos había escrito a Sergio, pero esa carta no había llegado a sus manos.

Era sábado, y Praskovya Mikhaylovna estaba mezclando masa para hacer pan de grosellas como lo hacía tan bien la cocinera sierva en la finca de su padre. Quería darles una sorpresa a sus nietos el domingo.

Masha, su hija, estaba amamantando a su hijo menor, el hijo mayor y la hija estaban en la escuela, y su yerno estaba durmiendo, ya que no había dormido durante la noche. Praskovya Mikhaylovna también había permanecido despierta gran parte de la noche, tratando de suavizar la ira de su hija contra su marido.

Veía que era imposible que su yerno, una criatura débil, fuera diferente de lo que era, y se daba cuenta de que los reproches de su esposa no servirían de nada, así que hacía todo lo posible por suavizar esos reproches y evitar recriminaciones y enojos. Las relaciones hostiles entre las personas le

causaban un sufrimiento físico real. Le resultaba tan claro que los sentimientos amargos no mejoraban nada, sino que solo empeoraban todo. En realidad, no pensaba en esto: simplemente sufría al ver la ira como lo haría con un mal olor, un ruido estridente o golpes en su cuerpo.

Con un sentimiento de satisfacción había enseñado a Lukerya cómo mezclar la masa, cuando su nieto Misha, de seis años, con un delantal y medias remendadas en sus pequeñas piernas torcidas, corrió hacia la cocina con una cara asustada.

— Abuela, un hombre terrible quiere verte.

Lukerya miró por la puerta.

— Hay un peregrino de algún tipo, un hombre...

Praskovya Mikhaylovna se frotó los codos delgados entre sí, se limpió las manos en el delantal y subió las escaleras para sacar una moneda de cinco kopeks de su bolso para él, pero al recordar que no tenía menos de diez kopeks, decidió darle pan en su lugar. Volvió al armario, pero de repente se sonrojó al pensar en haber regateado los diez kopeks, y diciéndole a Lukerya que cortara una rebanada de pan, subió nuevamente las escaleras para buscar la moneda. "Te lo mereces," se dijo a sí misma. "Ahora debes dar el doble."

Le dio tanto el pan como el dinero al peregrino, y al hacerlo, lejos de sentirse orgullosa de su generosidad, se disculpó por dar tan poco. El hombre tenía un aspecto tan imponente.

Aunque había recorrido doscientas versts como mendigo, aunque estaba harapiento y se había adelgazado y curtido, aunque se había cortado el cabello largo y llevaba una gorra y botas de campesino, y aunque se inclinaba muy humildemente, Sergio aún tenía la apariencia impresionante que lo hacía tan atractivo. Pero Praskovya Mikhaylovna no lo reconoció. Difícilmente podía hacerlo, no habiéndolo visto en casi veinte años.

— No piense mal de mí, padre. ¿Quizás quiere algo de comer?

Él tomó el pan y el dinero, y Praskovya Mikhaylovna se sorprendió de que no se fuera, sino que se quedó mirándola.

— Pashenka, ¡he venido a ti! Acógeme...

Sus hermosos ojos negros, brillantes con las lágrimas que empezaban a asomar, estaban fijos en ella con insistencia suplicante. Y bajo su bigote grisáceo, sus labios temblaban lastimosamente.

Praskovya Mikhaylovna presionó sus manos contra su pecho marchito, abrió la boca y se quedó petrificada, mirando al peregrino con los ojos dilatados.

— ¡No puede ser! ¡Stepa! ¡Sergey! ¡Padre Sergio!

— Sí, soy yo — dijo Sergio en voz baja—. Pero no soy Sergius, ni el padre Sergio, sino un gran pecador, Stepan Kasatsky, un gran pecador perdido. ¡Acógeme y ayúdame!

— ¡Es imposible! ¿Cómo te has humillado tanto? Pero pasa.

Le tendió la mano, pero él no la tomó y solo la siguió adentro.

Pero, ¿dónde iba a llevarlo? El alojamiento era pequeño. Antes ella tenía una pequeña habitación, casi un armario, para sí misma, pero luego la había cedido a su hija, y Masha estaba ahora sentada allí meciendo al bebé.

— Siéntate aquí por el momento — dijo ella a Sergio, señalando un banco en la cocina.

Él se sentó de inmediato, y con un movimiento evidentemente acostumbrado, deslizó las correas de su mochila primero de un hombro y luego del otro.

— ¡Dios mío, Dios mío! ¿Cómo te has humillado, padre! Tal fama, y ahora así...

Sergio no respondió, sino que solo sonrió con humildad, colocando su mochila debajo del banco en el que se sentó.

— Masha, ¿sabes quién es? — Y en un susurro, Praskovya Mikhaylovna le contó a su hija quién era, y juntas llevaron luego la cama y la cuna fuera de la pequeña habitación y la despejaron para Sergio.

Praskovya Mikhaylovna lo condujo allí.

— Aquí puedes descansar. No te ofendas... pero tengo que salir.

— ¿Adónde?

—Tengo que ir a una lección. Me da vergüenza decírtelo, pero ¡enseño música!

—¿Música? Pero eso es bueno. Solo una cosa, Praskovya Mikhaylovna, he venido a ti con un propósito definido. ¿Cuándo puedo hablar contigo?

—Me alegraré mucho. ¿Te parece bien esta noche?

—Sí. Pero una cosa más. No hables de mí, ni digas quién soy. Me he revelado solo a ti. Nadie sabe adónde he ido. Debe ser así.

—Oh, pero ya se lo he dicho a mi hija.

—Bueno, pídele que no lo mencione.

Sergio se quitó las botas, se acostó y enseguida se quedó dormido después de una noche sin dormir y de caminar casi treinta millas.

Cuando Praskovya Mikhaylovna regresó, Sergio estaba sentado en la pequeña habitación esperándola. No salió para cenar, pero tomó algo de sopa y gachas que Lukerya le llevó.

—¿Cómo es que has regresado antes de lo que dijiste? —preguntó Sergio—. ¿Puedo hablar contigo ahora?

—¿Cómo es que tengo la felicidad de recibir a un invitado así? Me he perdido una de mis lecciones. Eso puede esperar... Siempre había planeado ir a verte. Te escribí, y ahora ha llegado esta buena fortuna.

—Pashenka, por favor escucha lo que voy a decirte como si fuera una confesión hecha a Dios en mi última hora. Pashenka, no soy un hombre santo, ni siquiera soy tan bueno como un hombre simple y ordinario; soy un pecador repugnante, vil y orgulloso que se ha extraviado, y que, si no es peor que todos los demás, al menos es peor que la mayoría de las personas muy malas.

Pashenka lo miró al principio con los ojos muy abiertos. Pero creyó lo que decía, y cuando lo comprendió del todo, le tocó la mano, sonriendo con lástima, y dijo:

—¿Quizás exageras, Stiva?

—No, Pashenka. Soy un adúltero, un asesino, un blasfemo y un engañador.

— ¡Dios mío! ¿Cómo es eso? —exclamó Praskovya Mikhaylovna.

— Pero debo seguir viviendo. Y yo, que pensaba que lo sabía todo, que enseñaba a los demás cómo vivir, no sé nada y te pido que me enseñes.

— ¿Qué estás diciendo, Stiva? Te estás burlando de mí. ¿Por qué siempre te burlas de mí?

— Bueno, si crees que estoy bromeando, debes tomarlo como quieras. Pero dime de todos modos cómo vives, y cómo has vivido tu vida.

— ¿Yo? He vivido una vida muy desagradable, horrible, y ahora Dios me está castigando como merezco. Vivo tan miseramente, tan miseramente...

— ¿Cómo fue tu matrimonio? ¿Cómo viviste con tu esposo?

— Todo fue malo. Me casé porque me enamoré de la peor manera. Papá no lo aprobaba. Pero no quise escuchar nada y simplemente me casé. Luego, en lugar de ayudar a mi esposo, lo atormenté con mis celos, que no podía controlar.

— Escuché que él bebía...

— Sí, pero no le daba ninguna paz. Siempre lo reprendía, aunque sabes que es una enfermedad. No podía evitarlo. Ahora recuerdo cómo trataba de evitar que bebiera y las escenas espantosas que teníamos.

Y ella miró a Kasatsky con hermosos ojos, sufriendo por el recuerdo.

Kasatsky recordó cómo le habían contado que el esposo de Pashenka solía golpearla, y ahora, mirando su cuello delgado y marchito con venas prominentes detrás de las orejas, y su escaso moño de cabello, mitad gris mitad castaño, parecía ver exactamente cómo había sucedido.

— Entonces me quedé con dos hijos y sin medios en absoluto.

— Pero tenías una finca.

— Oh, la vendimos mientras Vasya aún vivía, y el dinero se gastó todo. Tuvimos que vivir, y como todas nuestras jóvenes, no sabía cómo ganar nada. Era particularmente inútil e indefensa. Así que gastamos todo lo que teníamos. Enseñé a los niños y mejoré un poco mi propia educación. Y luego Mitya se enfermó cuando ya estaba en el cuarto curso, y Dios se lo llevó.

Masha se enamoró de Vanya, mi yerno. Y, bueno, él es bien intencionado pero desafortunado. Está enfermo.

— ¡Mamá! — la voz de su hija la interrumpió—. ¡Toma a Mitya! No puedo estar en dos lugares a la vez.

Praskovya Mikhaylovna se estremeció, pero se levantó y salió de la habitación, caminando rápidamente con sus zapatos remendados. Pronto regresó con un niño de dos años en sus brazos, que se echó hacia atrás y se agarró a su chal con sus pequeñas manos.

— ¿Dónde estaba? Oh sí, tenía un buen puesto aquí, y su jefe también era un hombre amable. Pero Vanya no pudo seguir y tuvo que renunciar a su puesto.

— ¿Qué le pasa?

— Neurastenia, es una enfermedad terrible. Consultamos a un médico, que nos dijo que debía irse, pero no teníamos medios... Siempre espero que pase por sí sola. No tiene ningún dolor en particular, pero...

— ¡Lukerya! — gritó una voz enojada y débil—. Siempre la mandan lejos cuando la necesito. ¡Mamá!

— ¡Ya voy! — Praskovya Mikhaylovna se interrumpió nuevamente—. No ha comido su almuerzo. No puede comer con nosotros.

Salió y arregló algo, y regresó secándose las manos delgadas y oscuras.

— Así es como vivo. Siempre me quejo y siempre estoy insatisfecha, pero gracias a Dios, los nietos están todos bien y saludables, y aún podemos vivir. Pero, ¿por qué hablar de mí?

— ¿Pero de qué vives?

— Bueno, gano un poco. Cómo solía disgustarme la música, pero ¡qué útil me resulta ahora! — Su pequeña mano descansaba sobre la cómoda junto a la que estaba sentada, y tocó un ejercicio con sus dedos delgados.

— ¿Cuánto cobras por una lección?

— A veces un rublo, a veces cincuenta kopeks, o a veces treinta. Todos son muy amables conmigo.

—¿Y tus alumnos progresan bien? —preguntó Kasatsky con una leve sonrisa.

Praskovya Mikhaylovna al principio no creyó que él estuviera preguntando en serio, y miró inquisitivamente sus ojos.

—Algunos sí. Una de ellas es una chica espléndida, la hija del carnicero, ¡una chica tan buena y amable! Si fuera una mujer inteligente, por supuesto, con las conexiones que tenía papá, debería poder conseguirle un puesto a mi yerno. Pero como es, no he podido hacer nada y los he llevado a todos a esto, como ves.

—Sí, sí —dijo Kasatsky, bajando la cabeza—. ¿Y cómo es, Pashenka, participas en la vida de la iglesia?

—Oh, no hables de eso. Soy tan mala en eso, ¡y lo he descuidado tanto! Cumpló con los ayunos con los niños y a veces voy a la iglesia, y luego, a veces no voy durante meses. Solo envió a los niños.

—¿Pero por qué no vas tú misma?

—Para decir la verdad —se sonrojó—, me da vergüenza, por mi hija y los niños, ir allí con ropa harapienta, y no tengo nada más. Además, simplemente soy perezosa.

—¿Y rezas en casa?

—Sí. Pero ¿qué clase de oración es? Solo mecánica. Sé que no debería ser así, pero me falta el verdadero sentimiento religioso. Lo único es que sé lo mala que soy...

—Sí, sí, ¡eso es correcto! —dijo Kasatsky, como si aprobara.

—¡Ya voy! ¡Ya voy! —respondió ella a una llamada de su yerno, y arreglándose el escaso trenzado, salió de la habitación.

Pero esta vez pasó mucho tiempo antes de que regresara. Cuando volvió, Kasatsky estaba sentado en la misma posición, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza inclinada. Pero su mochila estaba colgada en su espalda.

Cuando ella entró, llevando una pequeña lámpara de estaño sin pantalla, él levantó sus finos ojos cansados y suspiró profundamente.

—No les dije quién eres —comenzó tímidamente—. Solo dije que eres un peregrino, un noble, y que solía conocerte. Ven al comedor a tomar té.

—No...

—Bueno, entonces te traeré algo aquí —dijo ella.

—No, no quiero nada. ¡Dios te bendiga, Pashenka! Me voy ahora. Si me tienes compasión, no le digas a nadie que me has visto. Por el amor de Dios, no se lo digas a nadie. Gracias. Me inclinaría ante tus pies, pero sé que te sentirías incómoda. Gracias y perdóname por el amor de Cristo.

—Dame tu bendición.

—¡Dios te bendiga! Perdóname por el amor de Cristo.

Se levantó, pero ella no lo dejó ir hasta que le dio pan con mantequilla y bizcochos. Él tomó todo y se fue.

Era de noche, y antes de que hubiera pasado la segunda casa ya había desaparecido de la vista. Ella solo supo que él estaba allí porque el perro de la casa del sacerdote estaba ladrando.

—¡Así que eso es lo que significaba mi sueño! Pashenka es lo que yo debería haber sido pero no logré ser. Viví para los hombres bajo el pretexto de vivir para Dios, mientras que ella vivió para Dios imaginando que vivía para los hombres. Sí, una buena acción, un vaso de agua dado sin pensar en la recompensa, vale más que cualquier beneficio que yo imaginaba que estaba brindando a la gente. Pero después de todo, ¿no hubo algún deseo sincero de servir a Dios? —se preguntó a sí mismo, y la respuesta fue: —Sí, lo hubo, pero todo estaba manchado y sobrecrecido por el deseo de alabanza humana. Sí, no hay Dios para el hombre que vive, como yo lo hice, para la alabanza humana. ¡Ahora lo buscaré!

Y caminó de aldea en aldea como lo había hecho en su camino hacia Pashenka, encontrándose y separándose de otros peregrinos, hombres y mujeres, y pidiendo pan y un lugar para dormir en nombre de Cristo. De vez en cuando alguna ama de casa enojada lo reprendía, o un campesino borracho lo insultaba, pero en su mayor parte le daban comida y bebida e incluso algo para llevar consigo. Su porte noble disponía a algunas personas a su favor, mientras que a otros, por el contrario, les parecía agradable ver a un caballero que había caído en la mendicidad.

Pero su gentileza prevalecía con todos.

A menudo, al encontrar una copia de los Evangelios en una cabaña, la leía en voz alta, y cuando lo escuchaban, la gente siempre se conmovía y se sorprendía, como ante algo nuevo pero familiar.

Cuando lograba ayudar a las personas, ya fuera con consejos, o con su conocimiento de lectura y escritura, o resolviendo alguna disputa, no esperaba a ver su gratitud, sino que se iba directamente después. Y poco a poco, Dios comenzó a revelarse dentro de él.

Una vez estaba caminando junto a dos ancianas y un soldado. Fueron detenidos por un grupo formado por una dama y un caballero en un carruaje y otra dama y un caballero a caballo. El esposo estaba a caballo con su hija, mientras que en el carruaje su esposa conducía con un francés, evidentemente un viajero.

El grupo se detuvo para que el francés viera a los peregrinos que, de acuerdo con una superstición popular rusa, vagaban de un lugar a otro en lugar de trabajar.

Hablaban francés, pensando que los demás no los entenderían.

—Demandez-leur —dijo el francés—, s'ils sont bien sûrs de ce que leur pèlerinage est agréable à Dieu.

Se hizo la pregunta, y una anciana respondió:

—Como Dios lo quiera. Nuestros pies han llegado a los lugares santos, pero nuestros corazones pueden no haberlo hecho.

Le preguntaron al soldado. Él dijo que estaba solo en el mundo y no tenía a dónde ir.

Le preguntaron a Kasatsky quién era.

—Un siervo de Dios.

—Qu'est-ce qu'il dit? Il ne repond pas.

—Il dit qu'il est un serviteur de Dieu. Cela doit être un fils de prêtre. Il a de la race. Avez-vous de la petite monnaie?

El francés encontró algo de cambio y dio veinte kopeks a cada uno de los peregrinos.

— Mais dites-leur que ce n'est pas pour les cierges que je leur donne, mais pour qu'ils se régalent de thé. Chay, chay pour vous, mon vieux! — dijo con una sonrisa. Y palmeó a Kasatsky en el hombro con su mano enguantada.

— Que Cristo te bendiga — respondió Kasatsky sin reemplazar su gorra y bajando su cabeza calva.

Se alegró especialmente de este encuentro, porque había desestimado la opinión de los hombres y había hecho la cosa más simple y fácil: aceptar humildemente veinte kopeks y dárselos a su compañero, un mendigo ciego. Cuanto menos importancia le daba a la opinión de los hombres, más sentía la presencia de Dios dentro de él.

Durante ocho meses, Kasatsky vagó de esta manera, y en el noveno mes fue arrestado por no tener pasaporte. Esto ocurrió en un refugio nocturno en una ciudad provincial donde había pasado la noche con algunos peregrinos. Fue llevado a la comisaría de policía, y cuando le preguntaron quién era y dónde estaba su pasaporte, respondió que no tenía pasaporte y que era un siervo de Dios. Fue clasificado como un vagabundo, sentenciado y enviado a vivir a Siberia.

En Siberia se estableció como el hombre contratado de un campesino acomodado, en cuya capacidad trabajaba en el huerto, enseñaba a los niños y atendía a los enfermos.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB